ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA DULCE ALIANZA,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de esta Galería de* 1.° *de Octubre de* 1875.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
10	4	A la puerta de la iglesia......	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
11	»	Aprobados y suspensos........	1	Vital Aza..........	»
2	2	Ayudar... á caer—c. a. p. ...	1	E. Sanchez Castilla..	»
3	2	Basta de suegros—c. o. p......	1	Eduardo Lustonó....	»
3	2	Contra indiferencia, celos.....	1	F.ª Saez de Melgar...	»
		Don Celedonio..............	1	Sres. Retes y Carrillo...	»
		Doña Juana Tenorio, *parodia*..	1	D. R. María Liern......	»
4	1	Dudas y sombras—c. a. v......	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
3	3	El archivista—c. o. v.........	1	J. Velazquez y Schez.	»
		El número ciento siete.......	1	Manuel Matoses.....	»
		Endevina, endevinalla, ó el tio Perico............	1	Eduardo Escalante..	»
4	2	Hinestosa, padre é hijo—j. a. v.	1	Salvador Lastra.....	»
4	3	La dama blanca—c. o. v......	1	J. Velazquez y Schez.	»
		La esencia del hambre.......	1	R. María Liern......	»
		La gacetilla del año, revista...	1	M. Pina Dominguez..	»
6	4	La primera reunion—j. o. v..	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
8	5 a.	Los baños del Manzanares.....	1	Ricardo de la Vega..	»
2	1	Los predestinados—c. a. p....	1	Manuel Cuartero....	»
5	1	Los pretendientes...........	1	Emilio Alvarez.....	»
3	1	María—c. o. v..............	1	J. M. M...........	»
		Mentirola y el tio Lepa......	1	Eduardo Escalante...	»
4	2	Mi sobrino—j. o. p..........	1	Salvador Lastra.....	»
2	2	Pedro Jimenez..............	1	Enrique G. Bedmar..	»
5	1	Por un error...............	1	Francisco Bañores...	»
5	2	Quien lo hereda no lo hurta...	1	Baron de Cortés. ...	»
4	1	Un alcalde aragonés—c. o. v..	1	Manuel Cuartero.....	»
		Una alumna de Baco.........	1	R. Maria Liern......	»
		Un lío....................	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
		Un thé dansant..............	1	César Bassols.......	»
12	8 a.	Ecos de Noche-buena........	2	Sres. Caballero y Ortiz..	»
		La capa no sempre tapa.......	2	D. N. N.............	»
6	2	La careta verde.............	2	M. Ramos Carrion...	»
7	4	La familia Pesadilla—c. a. p..	2	Sres. Lastra y Vinajeras.	»
3	2	La jaula de oro.............	2	D. Ricardo Soláns......	»
4	3	La mamá política............	2	M. Ramos Carrion...	»
		Las desdichas de un buen mozo.	2	Mariano Pina Dominguez. (*Mitad*)......	»
		Tres forasters de Madrid......	2	Eduardo Escalante...	»
5	3	¡Arda Troya!—j. o. v.........	3	M. Pina Dominguez..	»
		Bernardo del Carpio.........	3	Francisco Macarro..	»
6	4	El coronel D. Pablo—c. o. v..	3	F. Canton Delgado...	»

LA DULCE ALIANZA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El viejo Telémaco............	Zarzuela en dos actos.
Sensitiva.....................	Zarzuela en dos actos.
El violinista..................	Zarzuela en un acto.
Adios mi dinero!..............	Zarzuela en un acto.
La vida en un tris............	Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo........	Comedia en un acto.
Descarga de artillería........	Comedia en un acto.
Por huir del vecino...........	Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.°...............	Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola...........................	Zarzuela en dos actos.
Se dan casos..................	Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano........	Comedia en un acto.
La copa de plata.............	Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo....................	Juguete cómico en dos actos.
Fausto.......................	Parodia en dos actos (de la ópera).
La casa de locos.............	Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco.............	Comedia en tres actos.
Me es igual...................	Juguete cómico en un acto.
El forastero..................	Juguete cómico en tres actos.
El fogon y el ministerio......	Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo!..............	Juguete en dos actos.
La ley del mundo.............	Comedia en tres actos.
Las cerezas..................	Juguete cómico en tres actos.
Compuesto y sin novia........	Zarzuela cómica en tres actos.
¡Arda Troya!.................	Juguete cómico en tres actos.
La dulce alianza.............	Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año..........	Revista en un acto.

LA DULCE ALIANZA,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ.

Representado la primera vez en Madrid, en el Teatro ESPAÑOL, el 24 de Febrero de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
VICTORIA	SRAS. ALVERÁ.
MARÍA	DANSANT.
UNA CRIADA	FERNANDEZ.
CORNELIO	SRES. CASTILLA.
FÉLIX	PASTRANA.
SANDALIO	ROMEA.
CANUTO	DELGADO.
CAMARERO	MOLL.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

ACTO PRIMERO.

Sala comun de una fonda. Puertas dobles laterales y una al foro. Velador en el centro con periódicos. Butacas, sofá, etc.

ESCENA PRIMERA.

CANUTO, luégo UN CAMARERO.

CANUTO. (Sentado cerca de un velador leyendo un periódico.) «La corrida de ayer dejó satisfecho al público. Murieron diez »caballos, y uno de los diestros sufrió una cornuda que »le rompió la chacota... no, la chaqueta y tres costi»llas.» (Levantándose.) Esto sí que se llama divertirse! Lo único que siento es no haber ido ayer á los toros. ¡Me muero por los toros! Y sobre todo por los toros que rompen las costillas á los toreros.

CAM. Eh! Amiguito!

CANUTO. Qué hay?

CAM. Está usted aquí muy tranquilo, y su amo de usted le cree en la calle evacuando los encargos que le dió hace una hora.

CANUTO. (Paseando con ridícula altivez.) Mi amo? ¿Cree usted que yo tenga amo?

CAM. Sí señor. Don Cornelio.

CANUTO. En Guadalajara ese caballero es mi principal; yo soy el primer oficial de su confitería, el que hace los bizcochos borrachos. ¿Le gustan á usted los bizcochos borrachos?

CAM. Hola! Hola!

CANUTO. Por lo demas, sepa usted que si en Guadalajara dependo de su establecimiento, aquí soy su amigo. Aquí soy un hombre libre!

CAM. Al cual, sin embargo, se le dan comisiones que no cumple.

CANUTO. Eso prueba que soy un hombre libre. Por lo mismo, en vez de obedecer, leo los periódicos y sé por ellos que ayer le rompieron á uno tres costillas.

CAM. Á usted le gustan los toros?

CANUTO. Mucho! Pero no es eso lo que más me llama la atencion.

CAM. Pues qué es?

CANUTO. Lo que en Madrid me llama la atencion, no son los toros, sino las mujeres!

CAM. De veras?

CANUTO. En Guadalajara no hay mujeres.

CAM. Hombre!

CANUTO. Las que allí tenía yo por tales, no se visten como estas, ni andan como estas, ni miran á los hombres como miran estas.

CAM. Ah picaron! (Es tonto rematado.)

CANUTO. Mis ambiciones se cifran en conquistar á una de esas mujeres que miran como no miran las de mi pueblo.

CAM. Eso es difícil.

CANUTO. Quiá! No señor. Yo me haré amar por mis atractivos.

CAM. (Aprieta!)

CANUTO. Para ello necesito solamente tomar la tierra. Darme un baño de córte. Hacerme hombre á la moda. Por eso desde que entré en Madrid, me dije: Canuto! Yo me llamo Canuto Guirlache.

CAM. Por muchos años.

CANUTO. Pues me dije: Canuto; que no se note que eres de Gua-

dalajara. (Suena una campanilla.)

CAM. Dispense usted, me llaman por allá adentro.

CANUTO. Yo voy á evacuar los encargos. (Vánse.)

ESCENA II.

CORNELIO sale por la primera puerta izquierda afilando una navaja de afeitar.

CORN. Camarero! necesito agua caliente. Échele usted un galgo. Aquí es inútil llamar á los mozos. He querido tomar chocolate á las nueve y nada. Por fortuna me lo hice en mi maquinilla... porque eso sí, siempre que viajo cargo con ella. Ahora, sin embargo, ademas de la maquinilla me he traido á mi mujer. ¡Si pudiera obligarla á que volviese hoy mismo á Guadalajara!... Tengo aquí un plan!... Qué plan! Maquiavélico!

MARIA. (Dentro.) Cornelito! Cornelito!

CORN. Allá voy! ¿Pero dónde estará ese camarero? (Váse por el primer cuarto izquierda.)

ESCENA III.

EL CAMARERO, luégo CORNELIO y FÉLIX.

CAM. Aquí le vuelven á uno loco! Todos llaman y piden á un tiempo.

CORN. (Asoma la cabeza por la puerta. Félix hace lo mismo por la de enfrente.)

CORN. y FELIX. ¡Agua caliente!

CAM. En seguida, en seguida! (Váse.)

CORN. (Saludando á Félix.) Muy buenos dias, vecino.

FELIX. (Id.) Servidor de usted.

CORN. (Saliendo á escena.) Está usted bueno?

FELIX. (Adelantándose.) Perfectamente.

CORN. Cuidado que sirven mal en esta fonda!

FELIX. No me hable usted de eso!

CORN. Y le llevan á usted tambien treinta reales diarios?

FELIX. Sin contar las velas.

CORN. Qué escándalo!

FELIX. Es el robo legal!

CORN. Justo! Eso es! ¡Usted me comprende!

CAM. (*Con una cafetera de agua caliente sobre un plato.*) Aquí está el agua! (*La deja sobre el velador. Cornelio y Félix alargan la mano. Aquel coge la cafetera y éste el plato.*)

FELIX. Perdone usted! Yo había pedido el agua ántes.

CORN. Es verdad; pero mi barba es más larga y debo afeitarme primero.

FELIX. Caballero!

CORN. Sirven muy mal en esta fonda! (*Marchándose.*)

FELIX. Pero señor mio! (*Cornelio cierra la puerta dando á Félix en las narices.*) ¡Avestruz!

ESCENA IV.

FÉLIX, CAMARERO.

CAM. Já, já, já!

FELIX. Quién es ese imbécil?

CAM. No lo sé. Llegó anteayer de Guadalajara con su mujer y una especie de criado que tambien es un tipo...

FELIX. Habrá grosero! Yo le aseguro que me las ha de pagar.

CAM. No haga usted caso, don Félix.

FELIX. Silencio, desdichado! No me llames por mi nombre! Llámame Teodorito.

CAM. Muy bien, don Félix.

FELIX. Bárbaro!

CAM. Eh!

FELIX. Teodorito! Mi nombre de guerra y amor!

CAM. Bajo el cual encubre usted sus calaveradas.

FELIX. Ay, Antonio! Todo ha terminado. Ya no soy el jóven aturdido que empleaba sus ocios entre los bailes, el juego y las báquicas orgías.

CAM. Cómo es eso, don Félix?

FELIX. Teodorito, animal!

CAM. Cómo es eso, animal? digo... Teodorito?

FELIX. Muy sencillo. Eso es que me caso.

CAM. Usted?

FELIX. Lo extrañas?

CAM. Qué lástima!

FELIX. Eres un necio y voy á probarlo. Dime, ¿conoces tú la secta de los mormones?

CAM. No señor.

FELIX. Es igual. Pues bien, conozco un jóven mormon que apenas cuenta veinticuatro años y tiene ciento diez y ocho mujeres. Yo tengo veintiseis, dos años más que el mormon y estoy sin ninguna. ¿Te parece ahora que no debo casarme?

CAM. Diré á usted. Á veces cien mujeres dan mucho ménos ruido que una, y vale más ser mormon que católico.

FELIX. Es verdad, pero yo no reniego.

CAM. Bah! Si es por eso, conozco á más de un católico que se vuelve mormon muy á menudo.

FELIX. Supongo que no lo dirás por mí.

CAM. No señor! Usted vale muy bien por tres mormones.

FELIX. Tunante!

CAM. Y diga usted. ¿Ha hecho usted ya la eleccion?

FELIX. Nunca! Yo hubiera elegido mal! Mi tio se ha encargado de ello.

CAM. Y no conoce usted á la futura?

FELIX. Por su retrato. Mírala. (Le enseña un retrato.)

CAM. Muy guapa!

FELIX. Encantadora!

CAM. Vive en Madrid?

FELIX. No tal. Fué la primera condicion que impuse á mi tio. Búsqueme usted, le dije, una mujer jóven, bonita y que no viva en Madrid.

CAM. Y su tio de usted...

FELIX. Acaba de escribirme: «He satisfecho tus deseos. Te ca- »sarás con una chica honrada que vive lejos de la córte. »Ahí va el retrato: si aceptas, te espero dentro de ocho »dias.» Yo he contestado: «acepto.»

CAM. Es decir que está usted con el agua al cuello?

FELIX. Y como pronto me cubrirá la cabeza, he decidido emplear bien mis últimos ocho dias de soltero; será la postrera batalla. Hé aquí por qué quiero que me llames Teodorito y no Félix.

CAM. Acabáramos!

FELIX. Estoy condenado á una dicha legal, pero hasta dentro de ocho dias no empiezo á cumplir mi condena.

ESCENA V.

DICHOS, CORNELIO.

CORN. (Acercándose al Camarero.) Cuando usted guste pueden prepararme el almuerzo. (Se sienta cerca del velador y lee.)

FELIX. (El del agua caliente! Si yo pudiera vengarme!...)

CAM. Sí señor. (Á Félix.) De modo que dentro de ocho dias se marchará usted para siempre?

FELIX. Quién sabe! Eso dependerá de las circunstancias.

CORN. (Levanta la cabeza y se fija en el Camarero.) (Pues vaya un modo de obedecer! Pague usted treinta reales para esto.) (Se levanta y se interpone entre los dos.) ¿Quiere usted no charlar más y cumplir mis órdenes?

CAM. Sí señor, en seguida! (Váse.)

ESCENA VI.

CORNELIO, FÉLIX.

CORN. (Volviéndose á sentar.) Pues hombre, bonito modo de servir!

FELIX. (Oh! Esto es demasiado!) (Coge una silla y se sienta muy cerca de Cornelio.) ¡Conque es decir, caballero, que ni aun quiere usted que hable con los domésticos?

CORN. Yo? (Retirando su silla.)

FELIX. (Acercándola.) ¿Conque es decir que interrumpe usted nuestra conversacion con el sandio motivo de mandar por un miserable almuerzo?

CORN. Cuando se tiene hambre!...

FELIX. Basta de fingimiento. Lo he comprendido todo! Lo que

usted pretende es un lance!

CORN. (*Levantándose.*) Yo?

FELIX. Sí señor. Tengo enemigos poderosos que han jurado mi muerte, y sin duda ha sido usted el espadachin que han elegido para asesinarme!

CORN. No señor! Yo no soy espadachin! Soy confitero!

FELIX. En verdad que es un villano oficio para su edad de usted.

CORN. El de confitero? Pero hombre, si es una carrera de mucho lustre!

FELIX. Atrás! Asesino!

CORN. Jesucristo!

FELIX. No me toques!

CORN. Pero si yo no le toco á usted!

FELIX. No? (*En tono natural.*) Pues que usted se alivie! (*Marchando á su cuarto.*)

CORN. Qué significa esto?

FELIX. (*Desde la puerta.*) Que me has robado el agua caliente y te declaro la guerra! (*Cierra.*)

CORN. Pillo! Se ha burlado de mí! ¡Por la crema de huevo, que me las ha de pagar!...

ESCENA VII.

CORNELIO, MARIA.

MARIA. Por qué gritas? Qué ocurre?

CORN. Eres tú, azucarillo de mi vida?

MARIA. Parece que estás algo turbado.

CORN. De veras? (Conviene que no sepa nada de esto.) Pues mira, es posible! Porque... porque en fin, yo soy padre despues de todo. Yo tengo una hija, y la situacion de un padre es terriblemente comprometida cuando se trata del matrimonio de su hija.

MARIA. Y por eso te sofocas?

CORN. Y tanto, yema de mis entrañas. Yo no quisiera conmover tu corazon de madre, pero es evidente que la sociedad está hoy muy depravada.

MARIA. Qué? sabes algo? Me ocultas algo?

CORN. No, crema mia. No te oculto nada, pero recuerda que no conocemos al futuro esposo de nuestra hija; que su tio fué quien arregló la boda, y aun cuando Ambrosio es un hombre excelente, puede muy bien su sobrino ser un perdido.

MARIA. Me haces temblar!

CORN. No, arroz con leche mio. El caso no es para temblar. Es una suposicion.

MARIA. Con efecto.

CORN. Desde que nació Melania estoy temblando. ¿Por qué tenemos una hija, vamos á ver? Yo quería un niño, un varon que hubiese perpetuado mi dulce apellido. Un nuevo Compota! Pero fué Compota hembra, y es preciso que sea dichosa.

MARIA. Pobre Melania.

CORN. Un padre cualquiera hubiera dicho: no lleva el futuro un buen capital y la esperanza de heredar las riquezas de su tio? Pues ya tiene mi hija bastante.

MARIA. Compota! Tú eres bueno!

CORN. Pues bien, caramelo de mi alma, tú vienes á Madrid para comprar á Melania el canastillo de novia. Has cumplido con tu deber de madre, pero mi deber empieza hoy. Mi deber consiste en obtener noticias exactas y positivas con respecto á mi yerno, yo las obtendré pese á quien pese, recorreré todos los círculos que frecuenta, y si á pesar de todo Melania es desgraciada, tendremos el derecho de decir: hicimos cuanto nos fué dable, quien hace lo que puede, hace lo que debe... Aquí paz y despues gloria. Su tio se lo dió, san Pedro se lo bendiga.

MARIA. Y dime, crees que debo ayudarte en tus pesquisas?

CORN. Imposible, bizcocho mio! Te lo digo con mi ruda franqueza. Tú haces falta en Guadalajara. ¡Nuestra hija!... ¡Nuestra confitería!... Tu mision era comprar el canastillo. Has cumplido con tu deber de madre.

MARIA. Pero...

CORN. Dudas de mi celo? Yo quiero un yerno de buena pasta,

almibarado, un merengue, en fin, si es posible... Ya ves. Él se llama Félix Manzana: mi hija Compota. Dentro de poco será Compota de Manzana. Esto indica desde luégo una dulce alianza.

MARIA. Es decir, que me veré obligada á separarme de tu lado?

CORN. Nada más que por un mes.

MARIA. Por dia más ó ménos no dejes de seguir bien las huellas!

CORN. Admiro tu valor! Una mujer vulgar se hubiera opuesto á mis proyectos. Tú dices, por dia más ó ménos descúbrelo todo?... Tú eres una romana! La madre de los Gracos.

MARIA. Los Gracos? Quiénes fueron esos?

CORN. Unos confiteros de la Edad Media. ¡Abrázame, azúcar de pilon!

MARIA. Compota mio!...

ESCENA VIII.

DICHOS, CANUTO con varias cajas.

CANUTO. Si estorbo, volveré.

CORN. Ah! Eres tú, Canuto?

CANUTO. El mismo.

MARIA. Traes los encargos?

CANUTO. Todos.

CORN. Bueno! Pues supuesto que todo está corriente, es preciso que te dispongas á acompañar á la señora.

CANUTO. Dónde?

CORN. Dónde ha de ser, animal? Á Guadalajara!

CANUTO. Eh? (Muy sorprendido.)

CORN. Cómo eh?

CANUTO. Volvernos á Guadalajara? Por qué?

CORN. Porque nos da la real gana. Te vas volviendo muy preguntón y vas echando muchos humos.

CANUTO. Toma! Como hemos llegado ayer con ánimo de divertirnos y de ponernos al corriente de la moda!...

CORN. Quién ha dicho eso? Eso es una impostura! Á divertir-

nos! ¿La moda? Quite usted de ahí.

CANUTO. (Voto al demonio! Y yo que me había comprado tres cuellos de papel y un pantalon de ochenta reales.)

CORN. Vamos á hacer la maleta!

CANUTO. Pero usted se queda en Madrid?

CORN. Con harto sentimiento mio! Abandonar por primera vez á mi esposa! ¡Á los veintidos años de casados! Casi en la luna de miel! Oh! El dolor me ahoga! (Muy natural.) Voy á hacer la maleta.

CANUTO. (Él se queda en Madrid? Esto ya es otra cosa.) (Vánse por la izquierda.)

ESCENA IX.

MARÍA.

Todo marcha á pedir de boca! En vez de tomar el tren dejo á Canuto montar primero, y yo... Rís! Me quedo en la estacion. En seguida busco á mi sobrino Sandalio: un buen muchacho, á quien mi esposo no conoce, y el cual me llevará á los teatros, á los bailes, á todas partes! Ocho dias de orgía púdica, de expansion honesta! Hace veintisiete años que no bailo! Esta será mi última etapa! Mi postrera despedida del mundo. ¡Cuántos deseos tenía de lanzarme! Me lanzo! ¡Me lanzo!

ESCENA X.

DICHA, FÉLIX.

FELIX. (Con un par de tirantes en la mano.) Tú! Muchacha! Cóseme estos tirantes.

MARIA. Eh? (Me toma por una criada.) ¡Grosero!

FELIX. Ah! No es usted. Dispense usted! Cualquiera se equivoca!

MARIA. Pues no señor! ¡No se equivoca!

FELIX. No se enfade usted, mi reina! (La abraza.)

MARIA. Insolente!

FELIX. (Cuidado que es fea! Já! já! já!)
MARIA. Atrevido! Libertino!
FELIX. Te amo! Te adoro! (Tirándola besos.)
MARIA. (Me foguea con besos perdidos!) Calavera! (Váse.)
FELIX. Já, já, já!

ESCENA XI.

FÉLIX, VICTORIA, por el foro.

VICT. Se puede?
FELIX. Eh? Calla! Victoria!
VICT. La misma.
FELIX. Pero chica, te has vuelto una duquesa? Qué lujo es este?
VICT. Es muy posible!
FELIX. Vaya si es posible! Sabes que esas galas te favorecen mucho?
VICT. Oh! Favor que usted me hace!
FELIX. Conozco muchas reinas que quisieran parecerse á tí.
VICT. Ya veo que sigue usted tan burlon como siempre.
FELIX. Vamos á ver. Explícame este cambio. Cómo siendo ayer una simple, aunque encantadora costurera, te conviertes hoy en dama distinguida?
VICT. Yo le explicaré á usted todo lo que quiera; pero ántes tome usted esta carta de mi señora. (Le da una.)
FELIX. Una carta? Aún me escribe? (Lo siento: aquellos amores no tienen ya para mí ningun encanto.)
VICT. Lea usted.
FELIX. (Despues de leer.) Cómo? Se ha marchado? Necesita respirar el aire del campo! (Cuánto me alegro!)
VICT. Por consejo de los facultativos.
FELIX. Se despide únicamente de mí, por ser, dice, el único corazon que la comprendió.
VICT. Dice eso?
FELIX. Oye: y no sabes cuándo volverá?
VICT. Dentro de seis meses.
FELIX. (Para esa fecha ya estaré casado.)

VICT. Al marcharse mi señora, que como usted sabe, es mi hermana de leche y tiene en mí completa confianza, me dijo lo siguiente:—«Victoria, quedas encargada de la casa hasta mi regreso. Creo que puedo fiarme de tu buena fe.»—«¡Ay señora, la contesté llorando: esté usted segura que no tendrá por qué arrepentirse!»—«Lo sé, hija mia! Y en prueba de mi afecto, toma las llaves del ropero, cuídalo todo y sé la dueña de todo!»

FELIX. ¡Oh corazon sublime!

VICT. Dicho y hecho: mi hermana partió hace tres dias, encargándome viniese á verle á usted en su nombre, y yo quedé al frente de la casa.

FELIX. Y de sus vestidos.

VICT. He creido conveniente variar de aspecto con el único objeto de que no se apolillen sus trajes.

FELIX. Bien hecho! Pero se me ocurre una cosa. Al variar de traje y posicion has debido variar de nombre.

VICT. ¡Pues es claro! Desde hoy me llamaré Florinda. Le gusta á usted?

FELIX. Es muy bonito.

VICT. Mi carácter es tan alegre, tan aturdido, que al verme así, rodeada de criadas y mandando en jefe, se me figura que soy otra mujer.

FELIX. De veras?

VICT. Y ademas... Por qué ocultárselo á usted? Dicen que la ocasion hace al ladron! Si aprovechase yo esta para pescar un buen marido...

FELIX. Hola, hola!

VICT. El primero que tuve quedó cesante el dia de la boda, y hasta su muerte nos estuvimos comiendo los codos. Era un caballero, eso sí! Como que no tenía un real! Á su lado adquirí cierta distincion, cierta elegancia!...

FELIX. Que por cierto no has olvidado.

VICT. Pero ay don Félix! Es muy triste un marido cesante. Por eso juré no volverme á casar si no hallaba un buen partido.

FELIX. Ahora que recuerdo! ¿No tenías un novio boticario?

VICT. Sí tal! Sandalio Ciprés. El pobrecito se ha vuelto loco.
FELIX. Loco?
VICT. Ó poco ménos! Empezó á leer novelas, y se aficionó tanto á la poesía, que abandonando la farmacia y creyéndose hombre de genio, se volvió romántico, sentimental, y se dedicó á emborronar papel de tal modo, que hasta cuando habla parece que está repitiendo un capítulo!
FELIX. Cuando te cases ofrezco ser padrino de tu boda.
VICT. No lo olvidaré!
FELIX. Adios, bellísima Florinda. Te agradezco tu recuerdo y ya pasaré á devolverte la visita. (Si supiera que dentro de ocho dias recibiré el sagrado título de padre de familia.) (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

VICTORIA, CORNELIO.

CORN. (Dentro.) Voy á buscar un martillo. Cerrar las maletas! (Saliendo.)
VICT. Eh?
CORN. (Reparando en Victoria.) Señorita... (Qué tarro de con servas tan fresco!)
VICT. Caballero... (Quién será?)
CORN. Es usted de la casa?
VICT. ¡Ay Jesús! No señor!...
CORN. (Es almíbar clarificado!)
VICT. Caballero... (Saludando para marchar.)
CORN. Una palabra! Una sola palabra! (Si saldrá mi mujer? (Corre y mira por la cerradura.) No! Está arreglando el mundo.) (Se acerca á Victoria.) Señorita, es usted un regalo de pascua! Sus cabellos son de ángel, su boca de crema, su tez de canela... (Vuelve á mirar por la cerradura.)
VICT. ¡Vaya un lenguaje extraño!
CORN. (Sigue con el mundo.) (Se acerca á Victoria.) Necesito hablar con usted en otra parte.
VICT. Una declaracion?

CORN. Sí! Á boca de jarro!
VICT. Yo no sé si debo...
CORN. Conteste usted pronto! (Vuelve á mirar.)
VICT. (Quién será?)
CORN. (Cielos! Ya no está mi mujer en el mundo.) Pronto, hable usted!
VICT. Pero así, sin conocerle...
CORN. Aquí debo tener una tarjeta. (Saca una y la lee.) (No es mia! Es de un parroquiano; pero no importa.) Tome usted.
VICT. (Leyendo.) «El Baron das Ruas Bracamonte.» (Un baron!) Ahí va la mia. (Le da otra.)
CORN. (Oh felicidad! Pasaré á verla mañana.)
VICT. Hasta la vista, baron!
CORN. Adios, peladilla de mis sueños!
VICT. (Si habré pescado una ganga?)
CORN. (Ya era tiempo.) (Váse Victoria.)

ESCENA XIII.

CORNELIO, MARÍA y CANUTO.

MARIA. No traes ese martillo?
CORN. Ha quedado en venir! Pero mientras es preciso almorzar.
MARIA. ¡Almorzar en vísperas de una separacion! Imposible!
CORN. La verdad es que no podría comer una almendra!
MARIA. Yo no podría pasar una avellana.
CANUTO. (Pues yo me comería un buey!)
CORN. Á qué hora parte el tren?
MARIA. Á las once.
CORN. Y son las diez y media!
MARIA. Canuto! Saca las maletas.
CANUTO. (Valiente esquinazo te voy á dar.) (Váse, saliendo á poco con dos maletas.)
CORN. Necesito todo mi valor! En cuanto te alejes abandono esta fonda.
MARIA. Cómo? Te marchas de aquí? (Bueno es saberlo.)

CORN. Ahora mismo. ¡No podría vivir en ella! Los recuerdos me... Ah! Que no te olvides de mandar á don Justo las natillas que encargó para su santo! Buscaré una modesta casa de huéspedes en la calle más excusada, y en ella habitaré el cuarto más hondo con la más estrícta economía! Oye, y ten mucho cuidado con la azúcar, porque á lo mejor la roban!

MARIA. Cornelio, no carezcas de nada!

CORN. Careciendo de tí carezco de todo! Canuto! cuida bien á tu señora!

CANUTO. Descuide usted.

CORN. Yo quisiera acompañarte á la estacion, pero me conozco, y una vez allí no sería dueño de contenerme. ¡Me marcharía contigo!

MARIA. No! Quédate! Quédate, esposo mio!

CORN. Abreviemos nuestro martirio, Canuto! Arráncala de mis brazos! (Figurando abrazarla, pero sin hacerlo.)

CANUTO. Vamos, señora!

MARIA. Adios! Escribe diariamente.

CORN. Recibirás tres cartas por hora.

MARIA. Adios!

CORN. Adios!

MARIA. (Me lanzo! Me lanzo!)

CANUTO. (No seré yo quién se marche.) (Vánse por el foro.)

ESCENA XIV.

CORNELIO, queda llorando. De pronto se guarda el pañuelo y dice alegremente.

Esposa de mi alma y de mi vi... ¡Solo! Ya estoy solo. Completamente solo! Holé, holé, chachipé! Porque la verdad es que maldito si he venido á Madrid con la idea de averiguar la conducta de mi futuro hijo. ¡No y cien veces no! Yo he venido á gozar, á entregarme en brazos del placer! Hace veinte años que sueño con esta idea. Veinte años que ambiciono alejarme temporalmente de mi mujer. Dentro de poco caso á mi hija y

seré abuelo. Un abuelo decente no puede cometer ninguna calaverada. Por lo tanto, necesito aprovechar el tiempo. Esa melosa jóven que acabo de conquistar será mi última accion de guerra. (Saca la tarjeta.) «Florinda Pasta.» ¡Pasta! Casi de mi familia! Necesito comprarme un traje de última moda. En Guadalajara no se conoce la última. ¡Mozo! Mozo! Quiero, como vulgarmente se dice, dar la hora! Mozo!

ESCENA XV.

DICHO, el CAMARERO.

CAM. Señorito.

CORN. Sírveme un almuerzo extraordinario. Me muero de hambre!

CAM. Aquí tiene usted la lista. (Le da una con marco.)

CORN. Voy á pedir todo lo que no entiendo. (Escogiendo platos.) «Sopa de sagou de la India.» (Esto debe ser muy bueno y barato! Sólo cuesta cuatro reales.) «Foies gras de Strasburgo.» (Qué barato! ocho! «Sardinas de los Príncipes.» (Me trataré como un idem.) «Langosta.» (Tambien cuatro! Pero qué barato!) «Mixserd Pickles.» (Qué será esto, Dios mio!) «Lobster... y judías en estofado.»

CAM. Qué vino quiere usted?

CORN. «Chateau Laffite.» (Sólo cuesta cinco reales una botella.) «Montrachert y Frontignan.» (Todos cinco reales!)

CAM. Al momento!

CORN. Ah! Mira. Que me lo sirvan aquí, eh?

CAM. De postres traeré dulces.

CORN. ¡No! Dulces no!

CAM. Está bien. (Váse.)

CORN. ¡Dulces á un confitero! Habrá estúpido! En cuanto almuerce me lanzaré por esas calles con el sombrero de medio lado, la sonrisa en los labios y el palillo en los dientes. (Sacan una mesa servida.) He oido decir que eso de llevar un palillo en la boca es de muy buen tono. Algunos conozco yo que llevan un palillo y no han co-

mido en tres dias.

CAM. Cuando usted guste puede irse sentando.

CORN. ¡Qué prontitud! ¡Nunca me han servido tan bien! (Se sienta.) Hola! Hola! Aceitunas, salchichon, pepinillos. ¡Cómo me voy á poner el cuerpo!

ESCENA XVI.

DICHOS, FÉLIX.

FELIX. (Sentándose enfrente de Cornelio.) Mozo! Otro cubierto. (Asombro de Cornelio. Félix continúa indiferente.)

CORN. (Me gusta la franqueza.)

FELIX. (He de ser tu sombra, tu pesadilla contínua!) Dispense usted. He creido que debíamos hacer las amístades, lo cual nunca se consigue mejor que apurando juntos un par de botellas.

CORN. Beber yo con usted? Aunque me emplumen.

FELIX. Es usted rencoroso?

CORN. No señor! Confitero! Ya lo he dicho.

FELIX. Reconozco que mi broma fué algo pesada.

CORN. Pesadísima!

FELIX. Pero es preciso disculpar á la juventud.

CORN. Es decir, que usted viene á excusarse por su pasada ligereza?

FELIX. Á pedirle á usted mil perdones.

CORN. Mozo! Un cubierto para el señor! Ya ve usted que no soy rencoroso. (Se ata la servilleta al cuello.)

FELIX. Gracias á Dios! Temía que no nos entendiéramos! Crea usted que tengo horror á la mesa redonda.

CORN. Y yo tambien. Todo el mundo repara si uno abre la boca, si come mucho, si trincha bien.

FELIX. Es verdad. Pero calle! Cómo se ha puesto usted la servilleta!

CORN. Eh?

FELIX. No sabe usted comer?

CORN. Yo?

FELIX. En Madrid es preciso saber comer. Hoy es una ciencia,

un arte especial. Ah, caballero! Qué dicha para usted el haberme convidado á almorzar.

CORN. Amigo mio, yo soy provinciano y confieso mi...

FELIX. Por lo mismo voy á tener el gusto de indicar á usted la nueva forma. Supongo que usted querrá pasar por hombre elegante y distinguido.

CORN. Pues ya lo creo!

FELIX. No pierda usted ninguna de mis palabras.

CORN. Soy todo orejas.

FELIX. Ya lo veo! La servilleta se coloca al descuido sobre la pierna izquierda. Despues se echa la cabeza atrás, se abre apenas la boca y se adopta un aire de indiferencia como si no tuviera usted apetito.

CORN. Pero si tengo un hambre feroz!

FELIX. No importa! Es de muy mal tono en una fonda.

CORN. De mal tono? Aguarde usted. (Adopta una ridícula posicion en armonía con lo que Félix le indica.) Qué tal? Estoy así bien?

FELIX. Perfectamente!

CAM. (Colocando un plato.) Ostras.

CORN. (Queriendo cogerlas.) Ostras?

FELIX. (Á Cornelio.) Chist! Aguarde usted! (Al Camarero.) Qué clase de ostras son estas?

CAM. Americanas.

FELIX. (Á Cornelio.) No las coma usted. No están frescas. (Dando el plato al mozo.)

CORN. (Siguiendo con los ojos al plato.) Lo que es no haber comido nunca ostras! Yo creí que estaban fresquísimas.

CAM. La sopa. (Sirve un plato.)

FELIX. No pierda usted ningun detalle.

CORN. Descuide usted.

FELIX. (Probando la sopa.) ¡Uf! Esto no es sopa! Esto es un calducho! Mozo! Llévese usted esto! (El Camarero quita la sopera y el plato de Cornelio. Este se relame.)

CORN. (Sonriendo.) Creo que no debía estar tan mala como usted supone.

FELIX. No importa! Así pasamos por hombres finos. (El Cama-

rero sirve otro plato.)

CORN. Le parece á usted que con este pasemos por ordinarios?

FELIX. Á ver? (Probándolo.) Es pasadero.

CORN. Me alegro! (Se dispone á comer.)

FELIX. (Sujetándole la mano.) Qué hace usted?

CORN. Voy á probarlo! No dice usted que es pasadero?

FELIX. Cualquiera creería que estaba usted muerto de hambre!

CORN. Y creería la verdad!

FELIX. Tome usted un palillo!

CORN. Para qué?

FELIX. Tome usted un palillo!

CORN. Pero si tengo los dientes limpios!

FELIX. Por eso, hombre, por eso! (Cornelio coge un palillo, y en vez de limpiarse lo masca.)

CORN. ¡Corriente! Entónces que se lo lleven todo! Que no traigan nada!

FELIX. Bravísimo! Tire usted su servilleta. (Cornelio la deja sobre la mesa.) No! Debajo! Tírela usted debajo!

CORN. Pues allá va! (Tira la servilleta debajo de la mesa.)

FELIX. Levántese usted.

CORN. Voto al merengue de fresa! Y se llama esto almorzar?

FELIX. Pediremos café!

CORN. Un demonio pediré yo! Me parece que se está usted burlando de mí!

FEPIX. Yo?

COEN. Usted! No me ha dejado probar un sólo plato.

FELIX. Pero en cambio, si no ha logrado usted almorzar, ya sabe usted cómo se almuerza en Madrid. Mozo! La cuenta á este caballero! (Marchándose.)

CORN. Tunante! ¡Te has burlado de mí!

FELIX. (Cerrando la puerta.) Pero usted se afeitó primero. (Dseaparece.)

ESCENA XVII.

CORNELIO, luégo el CAMARERO.

CORN. ¡Mil bombones! Esto es una infamia! Mozo! La cuenta

No quiero permanecer aquí ni un minuto más! Esta fonda alberga gente de mal vivir!

CAM. Aquí está la cuenta!

CORN. Caracoles! Quinientos reales! No puede ser.

CAM. Cómo que no?

CORN. No señor.

CAM. Los precios están en la lista.

CORN. Por lo mismo. (Coge la lista.) Mire usted. Langosta, ocho.

CAM. No señor, ochenta

CORN. Dónde está el cero?

CAM. Lo cubre el marco.

CORN. Vino, cinco!

CAM. Cincuenta! No ve usted el cero?

CORN. No señor.

CAM. Tambien lo cubre el marco.

CORN. ¡Cascarillas! Entónces el Foies gras no son ocho.

CAM. Ochenta!

CORN. Lo cubre el marco? Pues usted es el ladron y el marco el encubridor.

CAM. Caballero!

CORN. Esto es engañar á la gente!

CAM. Aquí no se engaña á nadie.

CORN. Acudiré á un juez.

CAM. Acuda usted á Poncio Pilatos!

CORN Veinticinco duros por un almuerzo que no he probado! Esto es una infamia! (Salen varios camareros.) Ahora mismo voy por el sombrero y llevaré la cuestion á los tribunales. (Váse corriendo por la izquierda. Los camareros le persiguen insultándole.)

ESCENA XVIII.

LOS CAMAREROS, luégo CANUTO, MARÍA y CORNELIO.

CAM. (Acercándose al cuarto de Cornelio.) Llévela usted donde quiera. Nos harán justicia!

CANUTO. (Entrando muy deprisa por el foro.) La dejé en la estacion y

he vuelto á escape. Cuánto me voy á divertir! (Al Camarero segundo.) Un cuarto interior: aquí aguardo. (Váse por la segunda puerta derecha.)

MARIA. (Saliendo por el foro.) (Le dejé en la estacion y he venido corriendo. Mi esposo no estará aquí.) (Al otro Camarero.) ¡Un cuarto! Allí espero. (Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

CORN. (Saliendo.) Los tribunales decidirán.

CAM. Ántes páguenos usted.

CORN. Facililio es eso! (Marchándose por el foro. Todos los camareros corriendo detrás.)

CAMAREROS. Caballero! La cuenta! La cuenta!

CORN. (Gritando.) No me da la gana! Canalla! Insolente!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante. Á la derecha un velador, sobre el cual habrá un servicio de té y un florero de china. Á la izquierda otro velador, con una botella de agua y vasos. Dobles puertas laterales y una al foro.

ESCENA PRIMERA.

VICTORIA, una CRIADA.

VICT. (Sentada, tomando té.) Debe ser muy tarde, Feliciana.

CRIADA. Pronto darán las dos.

VICT. Volví tan fatigada del baile!

CRIADA. Se divirtió usted mucho?

VICT. Muchísimo! Figúrate que fuí obsequiada por muchos jóvenes, entre ellos por un vizconde, el cual quedó medio loco de amor.

CRIADA. La vida de gran señora es muy agradable.

VICT. Apropósito: hoy aguardo dos visitas importantes. El baron das Ruas, un portugués muy rico segun creo, y el vizconde del Cisne.

CRIADA. El del baile?

VICT. Cabal! Cuando vengan les anunciarás préviamente. Es necesario que nos demos todo el tono posible.

CRIADA. Aguarde usted! Me parece escuchar. (Se acerca al foro.)

No! Es Sandalio!

VICT. (Levantándose.) Sandalio! (Ya le había olvidado!) Bueno! Márchate y no te olvides de anunciar al baron y al vizconde.

CRIADA. Corriente. (Váse.)

VICT. Ahí viene! Siempre tan lánguido y sentimental!

ESCENA II.

VICTORIA, SANDALIO. Sale muy despacio. Aire melancólico. Se acerca á Victoria, le coge la mano y se adelanta con ella al proscenio.

SAND. Era el doce de Junio de mil ochocientos setenta y cinco. Un jóven y una jóven se hallaban sentados cerca de las rejas del Botánico, aspirando las suaves brisas de la noche. La jóven era casta y pura. El jóven era boticario. Ambos platicaban de amor. La luna iluminaba con su blanco disco la espléndida belleza de la jóven, en tanto que un mechero de gas caía sobre el conmovido rostro del farmacéutico! Una leve sonrisa se dibujaba en sus labios. «¡Te amo, Sandalio,» exclamaba la jóven levantando sus ojos al cielo. «Te amo y juro ser tu esposa ante Dios y los hombres.»

VICT. Pero á qué viene ahora la...

SAND. El boticario no respondió; pero una silenciosa lágrima se deslizó por sus mejillas, dulce lágrima que los ángeles recogerían.

VICT. Se continuará.

SAND. Te acuerdas de aquella noche?

VICT. Cuándo acabarás de parecerte á un folletin?

SAND. ¿Te acuerdas de aquellos juramentos?

VICT. Sí! Me acuerdo! (Ay qué pesadez!)

SAND. Te escribo y no me contestas! Te busco y no te encuentro. Te encuentro y no te reconozco! Qué lujo es este! Qué cola es esta? (Levantando la cola del traje de Victoria.) Qué arrumacos son estos? Oh! Desgraciada!

VICT. Valiera más que en vez de usar ese tono novelesco y sentimental, impropio del caso, me preguntases lisa y

llanamente lo que ocurría.

SAND. Y bien?

VICT. La señora no se halla en Madrid, y al marcharse me regaló todo esto.

SAND. Á juzgar por tus balbucientes palabras y por ese ligero rubor que colora tus sienes, sospecho que tratas de engañarme.

VICT. Yo? Sospechas de mí? ¡Basta! Hemos concluido!

SAND. Un puñal, clavado de improviso en medio de mi corazon, no me hubiera producido más dolorosa herida! Concluir! Dejar de amarte! Imposible!

VICT. (Qué pesadez!)

SAND. ¿No sabes que acabo de recibir la visita de mi tia? ¿De qué tia? Me preguntarás frunciendo las cejas. De una tia que no había visto en mucho tiempo y que es confitera en Guadalajara! Pequeña de estatura, gordinflona, ojos interesantes...

VICT. Bien, bien. No hace falta su retrato.

SAND. Y yo he dicho á mi tía: ¡Tia! Yo amo! Y mi tia me ha contestado! ¡Pues que aproveche! Es decir, quiero verla, condúceme á su casa, ponme en contacto con tu futura.

VICT. Eh?

SAND. Yo he regado con mis lágrimas su blanca, si bien arrugada mano, y hoy, dentro de una hora quizá, tendré el honor de presentártela.

VICT. Presentarme á tu tia?

SAND. Pequeña de estatura, gordinflona... confitera en Guadalajara!

VICT. Y dale!

SAND. Atrévete á decir ahora que hemos concluido!

VICT. (Oh! Esto es irresistible!)

SAND. (Ese gesto pronunciado, esa mirada vaga, esa esquivez contínua...)

ESCENA III.

DICHOS, FÉLIX.

FELIX. Aquí estamos todos.
VICT. Don Félix!
FELIX. Hola, muchacha!
SAND. (Muchacha! Por mi atribulada cabeza cruza una rápida idea!)
FELIX. Caballero...
SAND. (Muchacha! Quién será este muchacho?)
VICT. Tengo el honor de presentar á usted á Sandalio.
FELIX. Ah!... Este jóven es... Ya! Tengo mucho gusto...
SAND. (Yo no tengo ninguno.)
VICT. Don Félix Manzana, antiguo amigo de mi hermana de leche.
SAND. Muy señor mio.
FELIX. (Á Sandalio.) Le envidio á usted! Es una perla! (Señalando á Victoria.)
SAND. (Suspirando.) Oh!
FELIX. Debe usted amarla como ella se merece.
SAND. Ah!
FELIX. El matrimonio será la felicídad, la dicha para los dos.
SAND. Uf!
FELIX. (Ap. á Victoria.) (Sabes que tu novio es poco elocuente?
VICT. Me fastidian tantos suspiros.)
SAND. (Se hablan en secreto! Lo más conveniente aquí es contárselo todo á mi tia, y que ella, como mujer de mundo, me aconseje.) Adios, volveré pronto. Caballero...
FELIX. Beso á usted su mano.
SAND. (El jóven se marchó, llevando clavada en su alma una envenenada flecha!) (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

FÉLIX, VICTORIA.

VICT. Qué tal? No le dije á usted que era una ganga...

FELIX. En verdad que me ha parecido algo sombrío.

VICT. Su fondo es bueno, sí señor, y me ama con delirio, pero las novelas le han vuelto el juicio y á cada paso compone una; él es todo poesía, sentimiento, languidez, y yo tengo un carécter alegre y franco.

FELIX. Como yo! Siempre dispuesto á divertirme, á reirme del prójimo! Hombre, y á propósito: ayer en la fonda cometió conmigo una grosería cierto vejete ridículo, un provinciano lo más inocenton... Já, já! Pues señor, me he dedicado á ser su pesadilla. Le llamé asesino, le dejé sin almorzar, le hice pagar una cuenta enorme, y por último se marchó de la fonda, moviendo ántes un terrible alboroto. En vano he querido averiguar su paradero, mas yo he de encontrarle, y donde le vea, he de hacerle víctima de mí cruel venganza.

VICT. ¡Pobre hombre!

FELIX. Hasta que se vaya de Madrid no he de dejarle en paz.

VICT. Bien hecho! Quien la hizo que la pague. Cuente usted conmigo para apresurar la marcha de ese infeliz!...

FELIX. Sabes, Victoria, que estoy encantado! Tu transformacion ha sido completa! Qué elegancia! Qué distincion! Vamos á ver, hiciste anoche muchas conquistas? Porque supongo que asistirías al baile.

VICT. Fuí con unas amigas, pero no hice conquista alguna. Verdad es que el vizconde estuvo muy obsequioso, pero de eso á suponer...

FELIX. El vizconde? ¡Cielos! ¡Conquistó á un vizconde!

VICT. Me dijo su título. Por cierto que nunca le oí.

FELIX. Á ver, á ver.

VICT. El vizconde del Cisne.

FELIX. Del Cisne? Tampoco recuerdo.

VICT. Á juzgar por su físico, nadie le tomaría por tal, porque es feo, muy feo.

FELIX. Acaso te figuras que para ser vizconde se necesita ostentar un rostro de ángel?

VICT. No por cierto. Pero me gustaría más un vizconde guapo.

FELIX. Naturalmente!

CRIADA. (Anunciando.) El señor baron das Ruas Bracamonte. (Váse.)

VICT. (Dios mio! El baron.)

FELIX. Chica, chica, conoces á toda la nobleza europea!

VICT. No señor!... Pero si usted me permite...

FELIX. Soy discreto! Voy á escribir dos líneas por allá dentro. (Pobre boticario! Creo que compondrás un epílogo triste.) (Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA V.

VICTORIA, luégo CORNELIO.

VICT. Conviene ocultarse algunos momentos. Es preciso que haga antesala. (Váse por la puerta izquierda.)

CORN. (Vestido á la última moda pero con gran exageracion. Cuellos enormes, grandes botones dorados en la pechera, pantalon anchísimo, etc., etc.) Muy buenos dias se... No hay nadie! Me alegro! Así podré dominar mi emocion. Como hace tantos años que no hago el amor á más mujer que á la mia, me encuentro un poco desconcertado. ¡Y luégo estos malditos cuellos!... Vaya una moda divertida! Me parece que llevo aquí el faldon de la camisa. ¿Pues y estos dos talegos? (Señalando sus pantalones.) Con la tela que sobra pudiera hacerme una capa. ¡Precioso gabinete! Si mi buena y sencilla esposa me viese vestido así y adivinara las maquiavélicas intenciones que me guian! Por fortuna se halla en Guadalajara y no hay miedo. Eh? Creo que se acerca álguien.

ESCENA VI.

DICHOS, VICTORIA.

VICT. ¡Oh, señor baron!...
CORN. Señora!... (Debo haberme puesto como una guinda.)
VICT. Tome usted asiento.
CORN. (Me parece una yema acaramelada) (*Se sientan y quedan mirándose. Cornelio tose. Vuelven á mirarse y sonrien. Cornelio se suena con fuerza. Victoria bosteza.*) (Pues señor, no se me ocurre otra cosa.)
VICT. Hace un gran dia, baron.
CORN. (*Vuelve la cabeza creyendo que habla con otro, pero recuerda que es él.*) (Ah! Que es á mí!) ¡Flamante, señora! Un dia primaveral!
VICT. Esta tarde estará el paseo muy concurrido. Ya he mandado disponer la carretela.
CORN. (Tiene carretela?)
VICT. Y usted no pasea?
CORN. Uf! no hago otra cosa! Todo el dia en el birloch. (Yo no me quedo atrás.)
VICT. (El birloche!)
CORN. ¿Creerá usted que me cansa andar tanto en carruaje?
VICT. De veras?
CORN. Á fe de confite... digo, de baron! (Que la echo á perder!)
VICT. (Me parece muy fátuo.)
CORN. Es verdad que abusé mucho! Como desde pequeñito tenía tantos coches, hubo época en que no salía de ellos. Hasta tenía para irme á la cama una calesa.
VICT. Oh!
CORN. (Cómo me declararía yo!)
VICT. Decía usted...
CORN. Señora... (Me voy á poner colorado.) Tengo que hablar con usted de cosas muy graves.
VICT. Ya le escucho!
CORN. Desde ayer estoy trastornado.

VICT. Eh?

CORN. No! No crea usted que por... (Indicando haber bebido.) No señora! Yo no lo uso! Quiero decir que estoy... vamos, nervioso. Oh! Y no es extraño! Quién al contemplar esos ojos más dulces que un flan y esa boquita de merengue, no siente dentro de su corazon una jaletina de ilusiones? (Me voy animando.) Ah! Florinda! Rellenemos nuestros pechos con la ambrosía del amor, y formemos un ramillete en cuya cúspide sonría un Cupidito de azúcar nacarada! (Que se declare otro con más elegancia.)

VICT. Já, já, já!... Lo del Cupidito me ha hecho gracia! (Qué hombre tan original.)

CORN. Tambien podemos poner un perro habanero ó un leon... En los ramilletes cabe todo.

VICT. Poco á poco! Ántes es preciso averiguar.... Yo no le conozco á usted.

CORN. Eso no importa.

VICT. Es usted casado?

CORN. Sí señora.

VICT. Cómo?

CORN. Digo no! No señora. (No debo ser casado.)

VICT. Viudo ó soltero?

CORN. Las dos cosas.

VICT. Qué?

CORN. Quiero decir... Yo nací viudo y quedé soltero á poco... Digo, no! Al revés! Nací casado y al morir quedé soltero... (Uf, qué barbaridad!)

VICT. Já, já, já!

CORN. Ha visto usted? Yo soy así.

VICT. Muy bromista!

CORN. Mucho! (En broma estoy sudando como un pollo.)

VICT. (Prefiero al vizconde! Este es un viejo ridículo.)

CORN. Cuando yo digo... allá voy!... (Alarga bruscamente el brazo y derriba el florero de china, que necesariamente debe romperse en muchos pedazos.) Demonio! (Levantándose.)

VICT. Qué ha hecho usted? (Id.)

CORN. Multiplicar este objeto.

VICT. Se ha roto?

CORN. En treinta y cinco pedazos.

VICT. Dios mio, si lo sabe el ama!

CORN. Cómo el ama!

VICT. Digo... Eso es! Cabal: el ama... La nodriza!

CORN. (Canario! Hay nodriza en casa?)

VICT. Es un regalo notable!

CORN. Pero señora, si en cualquier cacharrería los hay mejores!

VICT. Malhaya la torpeza!

CORN. Crea usted, señora, que deploro en el alma!... Pero quizá tenga compostura. (Recoge los pedazos.) Yo me enteraré luégo. (Los mete en el sombrero.)

VICT. (Qué desgracia!)

CORN. Y si no encuentro un cacharro igual, prometo hacer un viaje á China ó á los antípodas, con tal de evitarle á usted un disgusto.

FELIX. (Saliendo.) Ya he concluido! (Repara en Cornelio.) (Que veo! Mi hombre!...)

CORN. Ay, Florinda! Una palabra, una sola palabra que calme las ansias de mi pecho.

FELIX. (Calle! Y la enamora!)

VICT. Poco á poco! En la situacion en que me hallo, cualquier ligereza podría comprometerme.

CORN. Pero usted no es libre como un descamisado?

VICT. Tal vez no.

CORN. Cómo? No es usted libre? Existe quizá un marido, un déspota... Existe un déspota, señora?

FELIX. (Oh! qué idea!) (Saliendo á escena.) Sí señor! Existe!

CORN. (Caracoles!) Retrocede y derriba el velador de la derecha. El servicio de té se rompe.)

VICT. Otra vez? (Va á romperla toda.)

CORN. Quizá tenga compostura! (Mi perseguidor.) (Recoge los pedazos y los echa en el sombrero.)

FELIX. (Á Victoria.) Es el de la fonda.

VICT. Sí?

FELIX. No me contradigas. Tengo tu palabra. (Alto á Victoria.)

Quiere usted decirme, señora, qué significa esto?

VICT. Yo... (Qué pretenderá?)

FELIX. Conque es decir, caballero, que yo soy un marido déspota.

CORN. (Era su marido!)

VICT. (Ah! Ya comprendo.)

FELIX. (Á Victoria.) Retírese usted!

VICT. Mas...

FELIX. Retírese usted!

VICT. Obedezco. (Pues señor, no es este el baron que yo soñaba.) (Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VII.

CORNELIO, FÉLIX.

CORN. (Tambien me marcho yo!)

FELIX. Un momento!

CORN. (Siempre con el sombrero en la mano.) (Así revientes.)

FELIX. Supongo, caballero, que ahora que estamos solos hablará usted francamente.

CORN. Francamente?

FELIX. Por qué razon ha franqueado usted el santuario de mi hogar?

CORN. El santuario?

FELIX. Sí señor! ¡El santuario!

CORN. (Que vengan aquí todos los confiteros de Europa á ver cómo salen de esta!)

FELIX. Quiere usted hablar, sí ó no?

CORN. No!

FELIX. Basta! La palidez de usted, su emocion, todo me indica la verdad! Usted salió de su casa hace una hora.

CORN. Sí señor.

FELIX. Usted abrigaba una esperanza halagüeña.

CORN. Sí señor.

FELIX. Usted penetró aquí hace poco rato.

CORN. Sí señor.

FELIX. Usted habló con ella.

CORN. Sí señor.
FELIX. Y usted trataba de atentar contra mi honor.
CORN. Sí señor.
FELIX. Eh?
CORN. No señor! Eso no!
FELIX. Entónces...
CORN. Caballero, aseguro á usted que soy un hombre honrado, incapaz de faltar á nadie ni en el vuelo de una almendra!
FELIX. Ahora comprendo su conducta pasada.
CORN. Mi conducta? Pero si yo no he tenido conducta nunca.
FELIX. Sí señor! En la fonda usted buscaba un lance, con ánimo quizá de dejar viuda á la mujer con quien usted soñaba.
CORN. Qué barbaridad!
FELIX. Acabemos. Con qué derecho ha traspasado usted estos umbrales?
CORN. Por... porque yo traía una visita para esa señora.
FELIX. De quién?
CORN. Del muerto.
FELIX. Cómo del muerto!
CORN. De uno que se ha muerto! Un pariente suyo á quien asistí en sus postrimerías, y el cual me encargó él... ¡Pobrecito!
FELIX. Qué pariente es ese?
CORN. Cuál?
FELIX. El muerto.
CORN. Cómo el muerto?
FELIX. Se burla usted?
CORN. (Misericordia!...)
FELIX Voy á tener una explicacion con la ingrata; si como estoy seguro, usted me engaña, se ha de acordar de mí.
CORN. (En cuanto vuelvas grupas no me coge un galgo.)
FELIX. Supongo que no tratará usted de escapar.
CORN. Quiá! no señor! Vaya usted tranquilo.
FELIX. Sería inútil, porque no tardaría en encontrarle á usted... y entónces... rás! le rajaba!

CORN. Sopla!

FELIX. Ah! Suplico á usted que pague lo que ha roto.

CORN. Lo que yo he...

FELIX. Sí señor! Luégo le presentaré la cuenta.

CORN. (Este hombre me va á arruinar!)

FELIX. Vuelvo al momento. (Prevengamos á Victoria. Es preciso que me ayude. Ahora sí que lo echo de Madrid!) (Váse.)

ESCENA VIII.

CORNELIO.

¡Pagar lo que he roto! Yo nunca he pagado nada en ninguna parte! Me está bien empleado! Por calavera, por Tenorio! por viejo verde! ¡Los cuellecitos me están divirtiendo! (Tocándose el cuello.) Si pudiera escuchar... (Se asoma al cuarto izquierda.)

ESCENA IX.

DICHO, SANDALIO.

SAND. Dentro de un grosero y ordinario simon, en cuya espalda y farolillos pueden leer los transeuntes el número veinte, hemos venido mi tia y yo decididos á tener una explicacion con la ingrata. Mi tia aguarda en el coche, se lo he rogado.

CORN. (No se escucha la menor palabra.)

SAND. (Cielos! Un hombre!)

CORN. Eh?

SAND. Podré saber qué busca usted en esta casa?

CORN. Qué busco? Un medio para salir de ella!

SAND. La turbacion que en su semblante acaba de pintarse, me lo explica todo.

CORN. Eh?

SAND. Pero usted debe ignorarlo! Usted ¡tiene capa de bonachon y honrado!

CORN. Bonachon?

SAND. Nací en una hermosa mañana del mes de Abril.

CORN. Y á mi qué me importa?

SAND. Desde pequeñito demostré mi decida aficion por los dramas. Cogía los pájaros y los arrancaba la cola!

CORN. Hombre, qué monería!...

SAND. Crecí y amé!

CORN. (Parece un sacristan! ..)

SAND. Amé, caballero, como aman los hombres de mi temple.

CORN. Me parece que ahora está usted un poco destemplado.

SAND. Qué dice usted?

CORN. Esa es mi pregunta: ¿qué dice usted?

SAND. Una palabra! Ponga usted la mano en su conciencia.

CORN. (Metiendo la mano en el sombrero.) Ya está.

SAND. Ha venido usted por ella?

CORN. Por mi conciencia?

SAND. No! Por ella! Por la mujer que adoro!

CORN. (Anises! Otro amante!)

SAND. Responda usted en nombre del cielo.

CORN. Chist! Hable usted bajo. Puede oirnos el otro.

SAND. El otro? Qué otro?

CORN. El principal, hombre!

SAND. Cielos! Qué principal es ese?...

CORN. Quién ha de ser? Su marido!

SAND. Casada! Oh! caballero, usted está tocando el violon. (En tono lánguido y sentimental.)

CORN. (Remedándole.) Quien le está tocando es usted hace una hora!

SAND. Ella casada?

CORN. Hable usted bajo!

SAND. Imposible.

CORN. Ah! usted lo ignoraba?...

SAND. Casada? Infeliz de mí!

CORN. Tampoco yo lo sabía!

SAND. Quién es su esposo?

CORN. Un jóven capaz de rajar al lucero del alba. Allá dentro está con ella.

SAND. Con el alba?

CORN. No, hombre, con su mujer.

SAND. Justo Dios! Y mi tia que lo ignora todo!

CORN. Lo ignora? Pues cuénteselo usted á su tia.

SAND. Ántes quiero verlo por mis propios ojos. ¡Y pensar que hace seis meses, cabe las rejas del Botánico... Ah! Si pudiese llorar!. . Pero no puedo llorar!...

CORN. (*Dándole golpes en lo espalda*) Poco falta.

SAND. Puedo contar con usted?

CORN. Para qué?

SAND. Para lo que ocurra!

CORN. Hombre, pueden ocurrir tantas cosas!

SAND. Cuento con usted?

CORN. (Pero qué pesado es el angelito!) Cuente usted con dos mil diablos!

SAND. Voy á cogerles in fraganti!

CORN. Me parece bien. (Á ver si desfoga su cólera contigo.) No guarde usted consideraciones! Duro, duro!

SAND. Y si el marido se enfada!...

CORN. Le da usted una paliza tan sentimental como usted.

SAND. Ay! Si usted hubiese conocido á mis padres!

CORN. Dejemos á la familia, eh?

SAND. Aguarde usted. El desenlace puede ser funesto! (*Se marcha por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA X.

CORNELIO y luégo VICTORIA.

CORN. Qué hombre tan espiritual y tan cargante!... Pues señor, yo creo que lo más oportuno es tomar la puerta! Desde aquí me voy á la estacion! (*Va á marcharse.*)

VICT. (*Saliendo del primer cuarto izquierda.*) Caballero!

CORN. (Diablo!)

VICT. Dónde va usted?

CORN. Á tomar el fresco.

VICT. No se marche usted!

CORN. (Qué agitacion!)

VICT. Mi marido lo sabe todo y está furioso.

CORN. María santísima! (Se pone el sombrero y caen todos los cacharros.) Ay!

VICT. Qué es eso?

CORN. Que me he descalabrado yo mismo.

VICT. Es necesario tomar una resolucion.

CORN. Una resolucion? Árnica es lo que yo quisiera.

VICT. He aprovechado un instante oportuno y aquí me tiene usted.

CORN. (Por qué vendría yo á esta casa?)

VICT. Vamos, aquí me tiene usted!

CORN. Ya lo veo!

VICT. No le he dicho á usted que quiere matarme?

CORN. Quién?

VICT. Mi esposo!

CORN. De veras?

VICT. Y á usted tambien!

CORN. ¡Almendras garrapiñadas!

VICT. Lo escuchó todo! Su declaracion de usted, sus ruegos, sus súplicas!

CORN. Pero si yo no sabía una palabra.

VICT. Sólo una cosa puede salvaros.

CORN. El qué?

VICT. La fuga!

CORN. La fuga?

VICT. Señor baron, en las circunstancias graves en que nos hallamos, la franqueza siempre es disculpable! Voy á ser franca con usted! Yo le amo!

CORN. ¡No grite usted, por las once mil vírgenes!

VICT. Abandonemos cuanto ántes esta casa.

CORN. No me parece mal! (Cielos! Si escuchará su esposo!) Abandonar á su marido! (Alzando la voz.) ¡Á un marido tan guapo como ese? Faltar á los más sagrados y santos deberes?

VICT. No oye usted que nos va á matar?

CORN. (Por qué vine yo á esta casa?)

VICT. Usted es libre, usted será rico, usted me protegerá sirviéndome de padre!

CORN. De padre? (Vaya un empleito agradable!)
VICT. Alguien se acerca! Calle usted! Si será él!
CORN. (Gritando.) Yo no la amo á usted, yo no la quiero á usted!
VICT. Silencio!
CRIADA. (Anunciando.) El señor vizconde del Cisne. (Váse.)
VICT. ¡Dios mio! El Cisne! Disimule usted!
CORN. (El Cisne? La visita un bicho?)
VICT. Siéntese usted.
CORN. Pero...
VICT. Es un amigo. Sonría usted, que no conózca nada!
CORN. (Voto á diez mil hojaldres!) (Cornelio se sienta. Victoria se acerca al foro.)

ESCENA XI.

DICHAS, CANUTO, vestido con exagerada elegancia.

VICT. ¡Oh, señor vizconde!
CANUTO. Señorita!
CORN. (Vaya una situacion divertida!)
VICT. Permítame usted que le presente al señor baron.
CANUTO. Un baron? (Hay aquí un baron.)
VICT. (Acercándose á Cornelio.) El señor vizconde del Cisne. (Cornelio levantándose y volviéndose hácia Canuto.)
CORN. Tengo sumo gusto en... ¡Ah! (Reconociéndolo.)
CANUTO. (Id.) ¡Oh!
CORN. (Canuto!)
CANUTO. (El amo!)
CORN. (Ya decía yo que me olía á ganso.)
VICT. Qué es eso? Se conocían ustedes?
CORN. Un poco! (Canuto aquí? Qué significa esto?)
VICT. Pero siéntense ustedes.
CANUTO. (Desde cuándo será baron?) (Sentándose.)
CORN. (Id.) (Desde cuándo será Cisne?) (Se sientan Canuto á la izquierda, Victoria en medio y Cornelio á la derecha.)
CANUTO. (Sacando un cucurucho con dulces.) Encantadora Florinda, sírvase usted aceptar este ligero obsequio, pequeña

prueba de mi profundo afecto.

VICT. Oh! mil gracias!

CORN. (Pues no la está enamorando en mis barbas el muy estúpido!) Con permiso de usted voy á beber agua. (Se dirige al velador de la izquierda, y al pasar cerca de Canuto le tira un pellizco.) ¡Insolente! (Vuelve á sentarse despues de beber agua.)

CANUTO. Ay!

VICT. Qué es eso?

CANUTO. Nada! Que hay en Madrid ciertas personas un poco perjudiciales. (Chúpate esa!)

CORN. (Me está insultando!)

CANUTO. Uno suele encontrarlas en su camino, y se pregunta: ¿Por qué comerán pan estas gentes?

CORN. Pues señor, voy á beber otro vasito. (El mismo juego.) (Toma pan!) (Á Canuto dándole un puñetazo.)

VICT. (Ofreciéndole un dulce á Canuto.) Usted gusta?

CANUTO. Viniendo de esas manos, tomaría yo carbones encendidos!

VICT. Baron!... (Ofreciendo á Cornelio.)

CORN. Por no despreciarla á usted... (Lo prueba.) Hombre, hombre! Qué mal hecho está esto! Le falta almibar y un poquito de canela!

CANUTO. El señor baron tiene, segun veo, un gran conocimiento en el ramo de dulces.

CORN. Conozco algo el oficio, señor vizconde. Me lo enseñó un quidam llamado Canuto, el cual se dedicó despues á la confeccion de otra clase de pasteles.

CANUTO. Sí! Creo que los hacía en casa de un confitero estúpido de Guadalajara.

CORN. Otra vez me ha dádo sed! (Le voy á estrangular!) (Se levanta. Canuto se levanta tambien y se aleja de Cornelio; Victoria se levanta y coloca los dulces sobre una butaca.)

CANUTO. (Esta vez no te diviertes.)

CORN. (Ya te cogeré, no tengas cuidado!)

VICT. Les colocaré aquí. (Apenas vuelve la espalda, Cornelio da un puntapié á Canuto.)

CORN. Conque soy un estúpido?
CANUTO. Zape!
VICT. Eh? Qué era eso?
CORN. Nada! Un juego de palabras entre el vizconde y yo.
CANUTO. (Á Victoria.) Es preciso que hablemos.
VICT. Aguarde usted. Baron, segun me dijo usted ántes, deseaba usted ver los cuadros que acabo de comprar.
CORN. Yo? (Yo no he dicho una palabra.)
VICT. Pase usted á aquel gabinete.
CORN. Pero...
VICT. (Ap. á Cornelio.) (Los momentos son críticos. Puede volver mi marido!)
CORN. (Demonio, es verdad!)
VICT. No salga usted hasta que le avise.
CORN. (Por qué habré venido á esta casa!) (Váse por el primer cuarto derecha.)
CANUTO. Toda vez que estamos solos...
VICT. Un momento! Voy á dar ciertas órdenes. Vuelvo en seguida. (Veamos lo que decide Félix.) (Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

CANUTO, luégo SANDALIO.

CANUTO. Pero desde cuándo puede ser mi amo un baron? ¿Por qué se encuentra aquí? Yo no doy con el misterio.
SAND. (Saliendo por el foro izquierda.) He recorrido como un galgo esas habitaciones y en ninguna se halla la pérfida. (Viendo á Canuto.) Un hombre, alto, feo, desgarbado... Este debe ser su esposo.
CANUTO. Caballero!...
SAND. Precisamente andaba buscándole á usted.
CANUTO. Á mí?
SAND. Ó á ella!
CANUTO. Á ella?
SAND. La conocí en uno de los dias más calurosos del mes de Junio. El sol lanzaba sus potentes rayos sobre las pin-

torescas torres de la villa. Suspiré y suspiro! Nuestros corazones se habian comprendido.

CANUTO. Y qué?

SAND. Á veces la más perfumada rosa esconde entre sus hojas punzantes espinas!

CANUTO. Y qué?

SAND. Usted es la espina, caballero!

CANUTO. Qué espina?

SAND. La que acaba de atràvesarse en mi dolori do pecho!

CANUTO. (Já! já! já!)

SAND. Ella no sería feliz con usted, porque no es posible que usted la ame con tal vehemencia.

CANUTO. Á quién?

SAND. Á su esposa!

CANUTO. Á mi esposa? (Já! já! já!)

SAND. Pero advierto á usted que estoy decidido á todo. Usted ó yo sobramos en el mundo.

CANUTO. (Si estará loco!)

SAND. ¡Oh dulce primavera de mis amores. Risueños dias de paz que han huido para siempre!... Á muerte caballero!

CANUTO. (Demonio! Si me querrá embestir!)

ESCENA XIII.

DICHOS, MARÍA, por el foro, vestida con exagerada elegancia. Muchas cintas y moños.

MARIA. Pero sobrino, voy á estar en el coche toda la vida?

SAND. Mi tia!...

CANUTO. (Viéndola.) (Cristo! El ama!) (Se tapa la cara con el sombrero.)

SAND. Acérquese usted, acérquese para asistir á las exequias de mi amor.

CANUTO. (No estaba en Guadalajara!)

MARIA. Qué ocurre?

CANUTO. (Si me reconoce me araña!)

SAND. Ve usted á ese hombre?

MARIA. Casi, casi!

SAND. Pues me ha robado la dicha, la alegría, la felicidad!..

MARIA. Cómo es eso? Este caballero... (Tratando de verle.)

CANUTO. (Si me empluman no hablo una palabra.)

SAND. Se recata usted el rostro? Huye mis miradas? Eso es indigno! Yo arrancaré su máscara! (Le arranca el sombrero. María al verle, da un grito. Canuto echa á correr por el foro y Sandalio detrás.)

CANUTO. (Canario!)

MARIA. Oh! (Canuto!)

CANUTO. (Piés, para qué os quiero!...)

SAND. (Yo te cogeré!) (Vánse.)

ESCENA XIV.

MARÍA.

¡Canuto en Madrid! Y sin duda ha debido reconocerme.

ESCENA XV.

DICHA, CORNELIO.

CORN. (Fijándose en María, que estará vuelta de espaldas.) (Ella es!! ¡Aquí me tiene usted, Florinda mia!

MARIA. (Dando un grito terrible y cayendo desmayada sobre Cornelio al reconocerle.) ¡Ah!

CORN. ¡Mi mujer! Esto sí que es desplomarse el cielo! Es ella! Ella llena de moños y con colorete!... ¿Por qué se ha embadurnado usted la fisonomía? No contesta. (La coloca sobre una butaca.) Suena ruido! (Corre á la izquierda.) Qué hacer? Florinda por un lado!... Su esposo por otro!... Mi mujer aquí!... Favor, socorro!... Ah! (Cae desmayado sobre una butaca. En ella están los dulces. Cornelio se levanta, tira el cucurucho y vuelve á caer desmayado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y CORNELIO.

Ambos desmayados como al final del segundo acto.

CORN. (Volviendo en sí.) Qué pesadilla tan atroz! Soñaba que mi mujer me habia sorprendido en casa de Florinda, y que ésta me robaba en sus brazos. ¿Dónde estoy? ¡Cielos! (Viendo á María.) Es ella! Mi esposa! Ahora recuerdo! Mi pesadilla no era pesadilla! Me veo cogido entre Scila y Caribdis! Sí! Sí! Esta es mi mujer! La misma que debía hallarse en Guadalajara! (Levantando un brazo de María que vuelve á caer inerte.) Su desmayo es profundo. ¿Por qué causa se encuentra aquí? Mi situacion es muy grave! (Llamándola.) ¡María! ¡Tocino del cielo! ¡Nada! Es inútil! Y qué hacer? Yo creo que lo más opertuno es echármela á cuestas y huir con ella. Así me salvo de todos los peligros. Ah! me pescaron!

ESCENA II.

DICHOS, SANDALIO, VICTORIA.

SAND. Despues de recorrer varias habitaciones con la ansiedad de un corazon herido por los celos, logré hallar á la ingrata, conduciéndola aquí cual fugitiva presa. (*Cornelio se oculta detrás de una cortina.*)

VICT. (*Á Sandalio.*) Pero en fin, qué significa esto? ¿Por qué me traes aquí con tal misterio?

SAND. Por qué? Porque no he venido solo! Porque se halla en esta casa una mujer que deseaba conocerte y á la cual me unen vínculos muy estrechos.

CORN. (Cascarillas! Qué dice este hombre?)

VICT. Aquí? (*Viendo á María.*) Qué veo? una mujer desmayada!...

SAND. ¡Gran Dios! (*Corriendo á ella.*)

VICT. Señora, señora!

SAND. ¡Es ella! ¡Ella, que me acompañó llena de amor y de esperanza!...

CORN. (San Carlampio bendito! Qué acabo de descubrir!)

SAND. Era el diez de Abril de mil ochocientos setenta y cuatro!

VICT. Déjate ahora de fechas! Lo principal es hacerla volver!

SAND. Démosle palmaditas en las manos.

CORN. (Qué intriga tan horrible! Ahora lo comprendo todo! Ese folletin es su amante! Le voy á deshojar!

SAND. Me parece que abre un ojo.

CORN. (Yo he abierto los dos.)

VICT. Señora, señora!

MARIA. (*Volviendo.*) Ah!

SAND. Suspira! Ya es nuestra!

CORN. (Nuestra? Tú si que eres mio!)

VICT. Lo mejor es llevarla á la cama. Ayúdame. (*Sandalio y Victoria incorporan á María, que se levanta, y cogiéndola cada uno de un brazo la conducen hácia la derecha.*)

SAND. La víctima pesaba nueve arrobas!

VICT. (Á María.) Ánimo. Eso pasará! Un poco de quietud y se pondrá usted buena.

MARIA. En dónde estoy?

SAND. En mis brazos.

CORN. (Ya te daré á tí brazos.)

SAND. (Mil y mil pensamientos desconocidos se agolpaban á la imaginacion del atribulado mancebo.) (Vánse por la derecha.)

ESCENA III.

CORNELIO, luégo SANDALIO.

CORN. (Saliendo.) ¡Ay! Yo me pongo malo! Creo que me voy á desmayar otra vez! Traidora! Serpiente confitera! Alcarreña infame! Conque es decir que te despides de tu esposo, y en vez de marcharte á tu casa, le engañas con un novelista inverosímil!... ¡No hay más! Hé aquí el castigo del cielo! Voy á pagar mi propio crímen en cabeza agena! Es decir, en la mia, porque la de mi esposa es la mia!

SAND. (Despues de una breve explicacion, fué necesario desabrocharla el corsé)

CORN. (Aquí está.) Venga usted acá, Victor Hugo!

SAND. Anciano, qué quiere usted?

CORN. Anciano, eh?... Pues no me llama anciano? Qué quiero? Vamos á ver! Qué hay de comun entre usted y esa señora?

SAND. Victoria?

CORN. Cómo Victoria? Quién es Victoria? No conozco á ninguna Victoria.

SAND. Su sonrisa era estúpida, como su fisonomía.

CORN. (Á que le doy tres puntapiés!)

SAND. Ahí está! (Señalando á la derecha.) Su mirada es tranquila y dulce, su frente tersa, su boca sonriente.

CORN. Hombre, no atice usted el horno, porque no está para bollos. Acabemos. ¿Qué existe de comun entre ella y usted? Cuándo la conoció? De qué manera?

SAND. Y me lo pregunta! Era el doce de Junio de mil ochocientos setenta y cinco...

CORN. Vuelta con el doce de Junio!

SAND. Un rayo de luna caía sobre su cabeza!

CORN. Eso pido, Dios mio! ¡Un rayo sobre su cabeza!

SAND. Pero todo era farsa, todo era fingimiento... sus lágrimas, sus promesas, su mal comprimido entusiasmo!... Ah! La pérfida estaba casada!

CORN. ¡Pues ya lo creo!

SAND. Hace poco me hallé en esta misma estancia con el rinoceronte del marido.

CORN. Caballero! Yo no soy rinoceronte!

SAND. Hablo del marido, no hablo de usted!

CORN. (Hombre, esto tiene gracia! ¿Á que resulta ahora que mi mujer no está casada conmigo!)

SAND. Pero era un gallina y escapó.

CORN. ¡Pues no escapó, comprende usted, ni era un gallina! Y está dispuesto á probárselo á usted sobre la marcha.

SAND. Es usted su amigo?

CORN. De quién?

SAND. El amigo del esposo.

CORN. Cómo el amigo?

SAND. Ó el allegado.

CORN. Y tan allegado! Como que soy el esposo en persona!

SAND. Usted? ¡Se han abierto las cataratas del cielo!

CORN. ¡Cabal! Se han abierto, y van á llover palos sobre alguno!

SAND. Ambos se miraron frente á frente!

CORN. Hombre, deje usted el tono melodramático ese, mire usted que estoy ya muy cargadito.

SAND. Marido de Victoria!...

CORN. ¡Otra vez Victoria! Pero quién es Victoria?

SAND. Su esposa de usted!

CORN. (Se estará burlando la entrega esta?)

SAND. La que amo, la que adoro!...

CORN. La que usted ama? Victoria? Pero si no hablamos de esa.

SAND. La inteligencia del viejo era algo obtusa.
CORN. ¡No era obtusa! Y le suplico á usted que hable decorosamente. Yo no le hablo á usted de Victoria, sino de la mujer que hace poco estaba desmayada en ese sillon.
SAND. Ah! Me hablaba usted de mi tia?
CORN. Cómo su tia? Á ver, explíquese usted.
SAND. Justo! Mi buena, mi bondadosa, mi idolatrada tia de Guadalajara.
CORN. (¡Cielos! Qué oigo? Su tia!) Caballero, responda usted. Cómo se llama usted?
SAND. Sandalio Ciprés y Ordubre.
CORN. ¡Ciprés! Sí! (Este es el Ciprés de quien ella me hablaba!) Oh árbol inocente! Y le quería podar!
SAND. Qué dice usted?
CORN. Que he sido víctima de un error! Abrázame, abrázame. No sabes qué peso me has quitado!
SAND. No entiendo...
CORN. Ni hace falta. Pero dime, cómo se encuentra tu tia en esta casa, cuando no debía estar en ella?
SAND. Muy sencillo. Era el dia catorce de Febrero...
CORN. De mil ochocientos... etcétera. Adelante.
SAND. Acababan de dar las doce en el reló de la Puerta del Sol.
CORN. No divaguemos.
SAND. Sonó la juguetona campanilla de mi casa.
CORN. Corriente. (Qué sobrino tan tonto me ha deparado el cielo.)
SAND. Y se presentó mi tia.
CORN. Muy bien.
SAND. Me abrió sus cariñosos brazos y yo me precipité en ellos con febril emocion.
CORN. Al grano, hijo mio, al grano.
SAND. Mi tia y yo nos sentamos.
CORN. (No suprime un solo detalle.)
SAND. Un rayito de sol penetraba, cual indiscreto curioso, por la entreabierta y criminal ventana.
CORN. (El crímen aquí es que no te hayan metido ya en Le-

ganés.)

SAND. Y dijo mi tia: ¡Sandalio! Acabo de llegar de Guadalajara! Deseaba verte, pasar ocho dias á tu lado y disfrutar contigo de todos los encantos y placeres de la córte.

CORN. (Ah hipócrita!) Sigue, sigue.

SAND. Me habló de su marido.

CORN. Á ver, qué te dijo de su marido?

SAND. Á juzgar por sus punzantes frases, debe ser un viejo feo y ridículo!

CORN. Canalla! (Cogiéndole por el cuello.)

SAND. Cómo?

CORN. (Muy amable.) No! Me refiero al marido! (Yo mismo me llamo canalla.)

SAND. Me dijo que no la permitía salir ni entrar, ni esparcir el ánimo.

CORN. Hola, hola!

SAND. Y que deseaba olvidar por unos dias aquellas cuatro paredes!

CORN. Qué me cuentas? (Conservas y Pios-nonos!)

SAND. Yo entónces la confesé mi amor por esa ingrata; quise que conociera á la que calculé sería su sobrina y la conduje á esta casa, que dentro de poco se convertirá en sepulcro de mis amores.

CORN. Basta! (Mis nervios se han excitado de un modo terrible! ¡Nada me importa ya mover la de San Quintin! Tal engaño no tiene nombre! Burlarse así de un padre de familia!

SAND. Qué dice usted?

CORN. Que acepto la fuga.

SAND. Qué fuga?

CORN. La de Florinda!

SAND. Quién es Florinda?

CORN. La de la fuga!

SAND. Silencio! Ellas son!

ESCENA IV.

DICHOS, VICTORIA, MARÍA.

VICT. En esta habitacion estará usted mejor.

SAND. (El deber me obliga á buscar los auxilios de la ciencia. Voy por la ciencia.) (Váse.)

MARIA. (Allí está el perjuro! Su traje me lo revela todo.)

VICT. Acérquese usted, baron! (Á Cornelio.)

MARIA. (Muy sorprendida.) Cómo baron?

CORN. (Esto se complica.)

VICT. Le presento á usted al baron das Ruas Bracamonte!

MARIA. (Mi esposo baron!... ¡Ah! canalla!)

CORN. (Á Victoria.) Estoy decidido. Huyamos.

VICT. Eh?

CORN. La fuga con usted será mi salvacion!

VICT. (Y el necio lo ha creido!)

CORN. Fuyamo insieme, señora! (Quiero vengarme!)

MARIA. (Se hablan en secreto!)

CORN. (Á Victoria.) Coja usted la maleta y algunos cuartos, y vámonos á Filadelfia!

VICT. (Su farsa me va pareciendo pesada.) Aguarde usted!

CORN. No hago otra cosa desde hace una hora.

MARIA. (Estoy volada!)

VICT. (Á María.) Con permiso de usted voy á dar algunas órdenes.

MARIA. (Groseramente.) ¡Abur! (Vaya una remilgada!)

ESCENA V.

CORNELIO, MARÍA.

MARIA. Quiere usted decir qué significa esto?

CORN. (Paseando sin hacerle caso.) Tararí, tararó...

MARIA. Estoy hablando con usted!

CORN. Tararí, tararó...

MARIA. No he visto descaro igual!

CORN. Eh? Hablaba usted conmigo, señora? Y qué tal? Qué tal

el desmayo? Se va pasando?

MARIA. Cielos! Esta conducta no tiene nombre!

CORN. Señora! señora!... No me obligue usted á salirme de mis casillas! Yo no la conozco á usted. Usted debe hallarse en Guadalajara al lado de su hija!

MARIA. Yo tengo disculpa. Yo no te he faltado ni en un quilate. Fuí á despedirme de mi sobrino y me obligó á quedar en Madrid.

CORN. Para ir á los teatros, á los bailes; para colgarse esos moños y esos cintajos! ¡Moños y cintajos á su edad de usted!...

MARIA. Digo, quién habla! Un hombre que se ha vestido de *gomoso*!

CORN. (Canario! Ya no me acordaba!)

MARIA. Está usted bonito con esa facha!...

CORN. ¡La última, señora! Esta es la última, y sobre todo, si me ve usted aquí y en este traje y con el nombre de baron, sepa usted que... (Qué diablo le digo? Ah! Ya sé.) Que estoy cumpliendo con mi deber!

MARIA. Con su deber?

CORN. Con un deber sagrado! Estoy buscando á mi futuro yerno! Para eso, para eso quedé en Madrid!

MARIA. Cómo? Buscando á tu yerno en esta casa?

CORN. ¡Naturalmente! No voy á buscarle por los tejados.

MARIA. Viene á esta casa?

CORN. Cabal!

MARIA. ¡Perdona mis falsas suposiciones!

CORN. ¡Perdonar! Perdonar yo á la que trataba de permanecer en la córte con detrimento de su palabra? ¿Á la que quería ocultarse de mí?

MARIA. ¡No tal! Yo volví á la fonda y no estabas en ella. Mi sobrino te ha buscado en vano.

CORN. (La verdad es que no podría encontrarme.) Mariquita!...

MARIA. ¡Cornelito!...

CORN. (Enternecido.) Ven á mis brazos, biscótela mia!

MARIA. Esposo adorado!...

CORN. (Apartándose bruscamente.) (Y la otra que va á salir con la

maleta!)

MARIA. Pero dime: qué tal nuestro yerno?

CORN. Nuestro?... ¡Oh! Una alhaja! Nada pierdo con elogiarle.)

MARIA. De veras?

CORN. ¡Una alhaja! Cuando yo te lo digo!

MARIA. Es guapo?

CORN. Pchist! Regular!

MARIA. Alto ó bajo?

CORN. Pchist! Regular!

MARIA. Delgadito, eh?

CORN. Pchist! Regular!

MARIA. Le has hablado?

CORN. Regular!

MARIA. Eh!

CORN. Digo, sí! Le hablé... Le hablé hace un poco.

MARIA. Tendrá instruccion y talento?

CORN. Pchist! Regular!

MARIA. ¡Pues todo es regular!

CORN. Yo creo que lo mejor sería marcharnos. ¿No te parece

MARIA. Sin aguardar á mi sobrino? No, no! Quiero que le conozcas, es muy simpático!

CORN. Sí! mucho! (Y muy feo!)

MARIA. ¡Alimenta una pasion!...

CORN. Terrible, ya lo sé.

MARIA. Qué te parece?

CORN. El qué?

MARIA. La conducta de Victoria!

CORN. Victoria? (Ya salió Victoria otra vez.) Quién es Victoria?

MARIA. Su novia! Esa jóven!...

CORN. Ah! Tambien se llama Victoria? Acabáramos!

MARIA. Sí tal!

CORN. (Pues cuántos nombres tiene!)

MARIA. Es preciso despedirnos de ella! Al fin me ha prestado sus socorros.

CORN. (Mirando á la izquierda.) Gran Dios! El marido!)

ESCENA VI.

DICHOS, FÉLIX.

FELIX. (Nada, nada! He decidido que se marche de Madrid y lo he de conseguir.)

MARIA. (Á Cornelio.) Quién es?

CORN. (Si habla me pierde.)

MARIA. (Á Cornelio.) Ah! Ya sé! Nuestro yerno.

CORN. (Á María.) El mismo! Pero aún no me he dado á conocer.

FELIX. Señora! (La vieja de la fonda!...)

MARIA. (Calle! El que me tomó por una criada?)

FELIX. Dispense usted, señor baron, si le hice esperar tanto.

CORN. (Á María.) (Ves? Me llama baron; no me he dado á conocer.)

FELIX. Dentro de poco saldaremos nuestra cuenta.

MARIA. (Á Cornelio.) Te debe algo?

CORN. (Á María.) Sí! (Una paliza!)

MARIA. (Á Cornelio.) No admitas papel.

CORN. (Á María.) No! ¡Será en plata!

FELIX. Porque este caballero aquí donde usté le ve...

CORN. (No lo dije!)

FELIX. Con ese aire de bondad y de inocencia acaba de introducir la discordia en mi hogar!

MARIA. Cómo?

CORN. (Á María.) (Sí! Para observarle! (Estoy en el baño d María!)

FELIX. Oh! Como el escándalo será público muy en breve, no tengo dificultad en hablar claro.

MARIA. (Á Cornelio.) (El escándalo?)

CORN. (Á María.) (Para observarle.)

FELIX. Yo vivía feliz, señora, vivía tranquilo y dichoso, sin que una sola nube empañase el cielo de mi vida, cuando hé aquí que este caballero, más libertino de lo que su edad permite...

MARIA. (Á Cornelio.) Te insulta?
CORN. (Á María.) ¡No importa! Está en observacion!
FELIX. Se introduce en mi casa y enamora descaradamente...
CORN. (Maldito seas.)
MARIA. Cómo que enamora? Á quién?
FELIX. Á mi esposa!
CORN. (Á María.) Justo! Para observarle!
MARIA. Á su esposa?
FELIX. Já, já, já! Qué cara pone!
MARIA. (Á Cornelio.) ¡Pero está casado!...
CORN. Así parece!
MARIA. Y decías que era una alhaja!
CORN. Bueno! Una alhaja vasta! Un diamante americano.
MARIA. Casado? Usted casado?
CORN. (Á María.) ¿Qué vas á hacer?
MARIA. No puedo contenerme! ¿Y se engaña así á una familia honrada, caballero?
FELIX. Eh? (Qué dice?)
MARIA. Se juega de ese modo con el honor de una doncella?
FELIX. No entiendo...
MARIA. (Á Cornelio.) Vamos, habla! Díle cuántas son cinco!
CORN. Con efecto! Yo... le... pues!... Eh? Estamos? (Qué puntapié me voy á mamar!)
FELIX. Pero en fin!...
MARIA. Usted se comprometió á casarse con Melania!
FELIX. (¡Cáspita! Lo sabía ésta!) Yo?
MARIA. Su tio de usted garantizaba su conducta.
FELIX. (Demonio! Sin duda es amiga de la casa.) (Á Cornelio, apartándole del lado de María.) Haga usted el favor; tengo que hablar con esta señora.)
CORN. (Y por qué tendrá que hablar con ella?)
FELIX. (Á María.) Conque usted supone que soy yo quien...
CORN. (Acercándose.) Diga usted, qué tiene usted que hablar con la señora?
FELIX. (Apartándole.) Hombre, tenga usted la bondad de retirarse.
CORN. (Pero qué tendrá que hablar?)

FELIX. (Á María.) Suplico á usted que no me juzgue por las apariencias.

CORN. (Acercándose.) (Pues yo no me quedo sin saber...)

FELIX. ¡Ay qué pesadilla! Márchese usted!

CORN. Por qué?

MARIA. En vano pretenderá usted disculparse. Yo no le absuelvo. Me considero muy ofendida, tanto con su tio de usted, á quien creía un hombre formal, como con su sobrino.

FELIX. Sin embargo, es preciso que usted sepa. .

MARIA. Mi hija no le perdonará á usted nunca.

FELIX. Su hija? Cómo su hija?

CORN. (Ya la soltó.)

MARIA. Mi hija, sí señor, basta de farsa.

FELIX. Dios mio! (Era mi suegra! Buena la hicimos!)

MARIA. Sepa usted que estábamos siguiendo sus huellas.

CORN. (Á María.) Cállate!

MARIA. No me da la gana!

CORN. (Va á descubrirse mi enredo.)

MARIA. Y si le ve usted aquí (Señalando á Cornelio.) con ese traje y con ese título, sepa usted que ha sido para averiguar si era usted digno de Melania.

FELIX. Eh?

CORN. (Á Félix.) No le haga usted caso: la pobre ha perdido la memoria.)

FELIX. Este caballero...

MARIA. Es mi marido!

CORN. (Qué discrecion tan encantadora!)

FELIX. Cómo! ¿su marido? (Mi suegro! Y yo me burlaba de él sin piedad!...) (Á María, apartándola.) Haga usted el favor, tengo que hablar con este caballero.

MARIA. (Qué tendrá que hablar?)

FELIX. (Á Cornelio.) Si yo hubiese podido preveer...

MARIA. (Acercándose.) Diga usted, qué tiene usted que hablar con mi esposo?

FELIX. Señora, tenga usted la bondad de retirarse.

MARIA. (Pero qué tendrá que hablar?)

FELIX. (Á Cornelio.) Suplico á usted, caballero, que escuche mis... (María se interpone.) ¡Señora, tenga usted la bondad de marcharse!

MARIA. Bueno! Me marcho! Pero conste que todo está roto! (Váse por la derecha.)

CORN. (Incluso mis costillas.)

ESCENA VII.

CORNELIO, FÉLIX.

FELIX. (Cómo me disculparía yo con este hombre!)

CORN. (Llegó el momento de saldar la cuenta.)

FELIX. (Fuí cogido en mis propias redes.)

CORN. (Si pudiera escurrirme!)

FELIX. Un momento!

CORN. (No hay forma de hacerlo!)

FELIX. (Con misterio.) Caballero, lo mejor aquí es hablar claro.

CORN. Hablar claro?

FELIX. Un momento de buen humor, debido á mi carácter franco y alegre, nos ha colocado en esta violenta situacion.

CORN. Y qué?

FELIX. Pero usted lo dispensará todo, aunque no sea más que por los vínculos que nos unen!

CORN. Los vínculos? Qué vínculos!

FELIX. Lo negará usted? Negará usted que usted es mi padre?

CORN. Zambomba! (Retirándose.)

FELIX. No es posible negarlo!

CORN. Cómo su padre?

FELIX. Naturalmente.

CORN. ¡Otra bromita pesada!

FELIX. Por qué no me lo dijo usted desde un principio?

CORN. El qué?

FELIX. Que era usted mi padre.

CORN. Pero qué padre ni qué torta de Toledo!...

FELIX. ¿No es usted padre de Melania?

CORN. Sí señor.

FELIX. No soy yo su futuro esposo?

CORN. Ah! vamos! Comprendo la ironía!

FELIX. La ironía?

CORN. Se lo dije á mi mujer por salir del paso, está usted? Hablábamos de Félix, usted se presentó, y la dije: «aquel es,» pero sé muy bien que mi yerno es otro.

FELIX. Qué ha de ser otro!

CORN. Repito que conozco su intencion de usted.

FULIX. Y yo le afirmo que soy Félix Manzana, que mi tio Ambrosio arregló la boda, y que dentro de ocho dias debía celebrarse en Guadalajara.

CORN. ¡Hombre, si no estuviera seguro de que se burla usted, casi me haría dudar!

FELIX. Esta es buena! Ahora no me cree! Aquí tiene usted mi tarjeta! (Le da una.)

CORN. Pues es verdad!

ESCENA VIII.

DICHOS, SANDALIO.

SAND. Apenas llegué me abrieron la puerta; una criada mofletuda y coloradota apareció en el umbral... Está el doctor? Mi tia se halla enferma.

FELIX. Á propósito: este jóven me conoce. Hace poco me presentaron á él. Diga usted quién soy yo, vamos á ver.

SAND. Si la memoria no me engaña, creo que tengo la honra de reconocer en ese rostro al del muy noble y pudoroso jóven don Félix Manzana.

FELIX. Félix, lo ve usted? (Á Cornelio.)

CORN. ¡Calle! Conque es cierto? Conque era usted el... (Aquí que no peco.) ¿Y ha tenido usted valor de burlarme en en la fonda y de hacerme pagar un almuerzo que no almorcé?

FEPIX. Le suplico á usted...

CORN. Y ha tenido usted valor para casarse engañándonos á mi hija y á mí?

FELIX. Pero hombre, si yo no estoy casado.

CORN. Y lo niega? ¡Este es el colmo del cinismo!

FELIX. Aseguro á usted...

CORN. Basta! Ya no hay boda! Ya no hay alianza! ¡Una alianza tan dulce como se preparaba!...

FELIX. Si usted quisiera escucharme...

CORN. ¡No escucho una palabra!

FELIX. Aguarde usted!

CORN. Ni una sola palabra! (Vase por la derecha.)

ESCENA IX.

FÉLIX, SANDALIO.

FELIX. ¡Voto al demonio! ¡Buena la hemos hecho! Perder por una calaverada tan ventajoso partido! (Paseando.)

SAND. (Observándole.) (Tambien Manzana paseaba inquieto, como si las ideas galopasen en su cerebro.)

FELIX. Y qué hago, dígame usted?

SAND. Lo mismo digo. Qué hago?

FELIX. ¡Mi suegra se disgusta!

SAND. Mi rival desaparece.

FELIX. Mi suegro me desahucia.

SAND. Victoria se casa con otro.

FELIX. Eh? Que Victoria se casa?

SAND. Póngala usted en pretérito. Se ha casado!...

FELIX. Con quién?

SAND. Cuando me dieron la notícia un sudor frio bañó mi frente, mis nervios se crisparon y toda mi sangre se paralizó dentro de las venas.

FELIX. Creo que usted se equivoca.

SAND. Ah! no señor! El mismo anciano que con usted en esta sala departía, me aseguró que su esposo estaba allí con ella... (Señalando á la izquierda.)

FELIX. Este le dió á usted la noticia? Pobre jóven! No lo crea usted! Todo era una farsa, una broma mia que en este momento estoy pagando.

SAND. Un rayo de sol penetra en los abismos de mi alma! ¡Victoria es célibe?

FELIX. Sí señor; pero me fingí su esposo con objeto de embromar á mi suegro.

SAND. Ah! (Cae desmayado sobre Félix.)

FELIX. Hombre, no se apure usted! Ella le ama!

SAND. (Incorporándose de repente.) ¡Me ama! ¡Oh dulce y conmovedora palabra que me descubre repentinamente un paraiso perdido!

FELIX. Ahora es necesario que ustedes me ayuden para salir bien del apuro. (Llamando.) ¡Victoria! Victoria!

ESCENA X.

DICHOS, VICTORIA.

SAND. Me ama! Me ama!...

VICT. Qué ocurre?

FELIX. Un incidente inesperado! Figúrate que ese hombre es don Cornelio.

VICT. Eh?...

FELIX. Bástete saber que ese caballero á quien hice blanco de mis burlas era mi futuro suegro!

VICT. El baron?

FELIX. Baron? Qué ha de ser baron! Si es un confitero.

VICT. Á mí me dijo que era baron!

FELIX. Pues se burló de tí miserablemente. Es mi futuro suegro, y esa señora que vino hace poco su esposa.

VICT. ¡Estaba casado!... ¡Y quería enamorarme!... ¡Qué atrevimiento!

FELIX. Recuerda que á sus ojos tambien tú lo estabas, que querías huir con él y abandonar á tu marido.

VICT. (Calle usted, que no se entere.)

SAND. (Me ama! Me ama!)

FELIX. El diablo lo desenredó todo y ahora resulta que me niegan la mano de su hija.

VICT. (Por fortuna el vizconde no me habrá burlado.) Bueno: qué desea usted?

FELIX. Ante todo hablar con don Cornelio.

VICT. Llamémosle.
FELIX. No querrá salir! Se marchó resuelto á no escucharme.
VICT. Oh, qué idea! (Se sienta y escribe.) Nuestra misma farsa lo arreglará. (Escribiendo.) «Ya tengo la maleta: salga »usted en seguida ó voy por usted.» Sandalio!...
SAND. (Me ama! Me ama!)
VICT. Entrega esta carta á ese caballero, y procura convencer miéntras á tu tia de que su yerno es inocente.
FELIX. Usted está ya enterado.
SAND. (El doncel fué portador de un billete perfumado que debía arreglarlo todo.) (Váse.)

ESCENA XI.

FÉLIX, VICTORIA, luégo CORNELIO.

VICT. Ocúltese usted, y óigalo todo. Cuando lo crea usted oportuno puede salir.
FELIX. Pero qué has pensado?
VICT. Casarle á usted con su novia.
FELIX. (Esta muchacha vale un mundo.) (Félix se oculta.)

ESCENA XII.

VICTORIA, luégo CORNELIO.

VICT. Hacerse pasar por baron pretendiendo burlarse de mí! Esto es inaudito!
CORN. (Saliendo muy agitado con la corta en la mano.) (Canario! Por poco la ve mi mujer!...)
VICT. Estaba segura que saldría usted!
CORN. Ya no me es posible marchar! Me ha dado un dolor de muelas horrible!
VICT. Marchar! Usted cree que iba yo á marcharme con usted, señor baron!... (Marcando la frase.)
CORN. Su carta de usted es categórica: «Ya tengo la maleta.»
VICT. Lo que tengo son pruebas positivas de su maldad.

CORN. Cómo?

VICT. ¡Vaya con el señor baron! De dónde le ha venido á usted la baronía?

CORN. (Qué tonito!) De mis antepasados, de donde viene eso. (Remedándole.)

VICT. Falso, trapalon!...

CORN. Yo falso?

VICT. Por qué no me ha presentado usted á la baronesa?

CORN. Eh?

VICT. Á su mujer!... Pero yo me presentaré ahora. (Se dirige á la derecha.)

CORN. (Se descubrió todo!) Señora! no me pierda usted.

VICT. Usted me ha querido burlar.

CORN. Pero señora, usted tambièn me ha engañado! Usted estaba casada! Y con quién? ¡Si supiera usted con quién?

VICT. Casada? Yo? Já, já, já!

CORN. Por qué se rie usted?

VICT. Porque es usted un imbécil.

CORN. Muchas gracias por el requiebro.

VICT. Usted diría para sí! Al fin y al cabo me hice pasar por baron, ella lo creyó, se enamoró de mí, y hasta quiso fugarse conmigo!... Já! já! já! Pues amiguito, tal para cual! Ni me llamo Florinda, ni soy gran señora, ni casada, ni me ha inspirado usted nunca más que risa. (Chúpate esa.)

CORN. (Hombre, qué gracia tiene esto!)

VICT. Su futuro yerno, queriendo vengarse de cierta grosería que con él había usted cometido, lo inventó todo.

CORN. Qué escucho? He sido juguete de un mequetrefe!

VICT. Mequetrefe que usted perdonará.

CORN. Que no perdonaré nunca.

VICT. Que se casará con su hija de usted.

CORN. Jamás.

VICT. No?

CORN. Mil veces no!

VICT. Corriente! (Se sienta y escribe.) «Señora, su marido de »usted ha venido á esta casa á hacerme el amor.»

CORN. (Tirando de la cuartilla y rompiéndola.) ¡Canario!

VICT. (Escribiendo en otra.) «Señora, su marido de usted que»ria huir conmigo.»

CORN. (Id.) Eso mucho ménos.

VICT. Pues yo en persona se lo diré.

CORN. ¡Alto! Alto... y descansen, señora.

VICT. Ó perdona usted á Félix ó canto de plano.

CORN. (Contra un canto te daría yo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, FÉLIX.

FELIX. ¡Papá suegro!

CORN. Pillo! Quítate de mi vista.

FELIX. Comprenda usted que yo no le conocía. Ábrame usted sus brazos y pelillos á la mar!

VICT. De lo contrario lo digo todo.

CORN. Se quiere usted estar quieta?

FELIX. Y bien!...

CORN. Si pagas el almuerzo de la fonda y los cacharros que aquí he roto...

FELIX. Pues ya lo creo!

CORN. (Á lo ménos no me costará el dinero.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CANUTO.

CANUTO. (Supongo que ya se habrá marchado doña María.)

VICT. Oh! señor vizconde! (Hay que mimarle mucho.)

CORN. Aquí otra vez? Pero á qué vienes aquí? (Dándole un puntapié.)

CANUTO. Ay!

VICT. Qué es eso? Vizconde, me quiere usted explicar...

CORN. Pero señora, cómo ha de ser esto vizconde?

VICT. Eh? No es el vizconde del Cisne?

CORN. Cisne? Si es un avestruz de mi confitería! El que hace los bizcochos borrachos!

VICT. Será posible? (Á Canuto.) ¿Usted tambien? Usted se atrevió á mofarse de toda una señora!

CANUTO. (Ap. á Victoria.) (Quiá! Si usted es costurera!)

VICT. Yo?

CANUTO. Anoche en las máscaras oí á una que decía: mira, mira cómo se pavonea la costurera con los vestidos de su ama!

VICT. (Oh! Qué vergüenza!)

CANUTO. Por eso me atreví á tanto.

ESCENA XV.

DICHOS, MARÍA, SANDALIO.

MARIA. Pero qué diablo me dice este chico? Está ó no está casado nuestro yerno?

FELIX. Su yerno de usted, querida mamá, continua soltero, y anhela el momento de conocer á su mujercita.

MARIA. Pero entónces lo que ántes dijo usted...

CORN. Fué una broma! Todo broma! Le observé atentamente, y es digno de alcanzar la mano de Melania.

CANUTO. Calla! Era el novio de la señorita!

MARIA. Pero tú qué haces aquí? No te dejé yo en la estacion?

CANUTO. Si tal; mas luégo, como no la encontraba á usted, dije: pues yo no me voy sin buscarla!

CORN. Bien, bien! Vámonos á Guadalajara, pero todos juntos! (No más canas al aire.)

MARIA. Sí, sí!

FELIX. Y yo con ustedes.

SAND. Un instante! (Á María.) Ella me ama! Es libre por fortuna!...

MARIA. Pues cásate si quieres.

SAND. (Á Victoria.) Pendiente de tus labios se halla mi ventura.

VICT. Me casaré contigo. (No quiero que me burlen por tercera vez.)

SAND. (Á Cornelio.) Al fin se ha despejado el horizonte! Era el veinte de Febrero de mil ochocientos setenta y seis.

Corn. Aguarda, que esa historia la voy á contar yo. (Al público.)

Era una noche especial
en que se hizo el beneficio
de un artista liberal
que tiene el maldito vicio
de ser francote y jovial.
Una farsa se estrenó
sólo para hacer reir;
que esa importancia le dió
y para eso la escribió
el que la quiso escribir.
El público siempre atento,
no solo atento, indulgente,
aguardó el postrer momento...

Sand. Y qué ocurrió? Francamente.

Corn. Aquí acabarán el cuento.

FIN.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		El parecido en la Córte, *refundicion*	3	D. Ricardo Caballero....	Todo.
		El pleito de Sandoval—c. a. p.	3	Navarrete y Avial...	»
4	3	El sí de las niñas—c. o. p.....	3	L. F. de Moratin.....	Ejemps.
		En aras de la justicia........	3	Daniel Balaciart.....	Todo.
6	3	La dulce alianza............	3	M. Piua Dominguez.	»
7	1	La Fornarina..............	3	Sres. Retes y Echevarría.	»
5	3 a.	La herencia de un rey—d. o. v.	3	Santivañes y Cuenca.	»
5	2 a.	La luz del rayo—d. o. v.....	3	D. J. Velilla Rodriguez.	»
3	2	Las cerezas.	3	M. Pina Dominguez..	»
4	2 a.	Rienzi el Tribuno..........	3	D.ª R. de Acuña y Villan.ª	»
7	2	Una boda en palacio........	3	Sres. Echevarría y Santivañes...........	»
		Un alcalde justiciero........	3	Francisco Macarro...	»
8	2	¡Viva Cuba Española!—d. o. v.	3	Marquina y Olier....	»
		La mágia nueva, *mágia*......	4	Sres. R. Carrion y Coello.	»

ZARZUELAS.

		Als lladres.................	1	D. Benito Monfort......	Música
		Arturo di Foncarrale.........	1	Vidal.............	Música
		El capitan Araña..........	1	Ángel Rubio.......	Música
		El fresco de Jordan.........	1	Isidoro Hernandez ..	Música
4	2 c.	El San Antonio de Murillo—o. v.	1	Sres. Macarro y Rubio..	L. y M.
		En el fondo del mar..........	1	Sres. Cuartero, Ferrer y Hernandez........	L. y M.
		La carta de Elena..........	1	D. Julian Castellanos...	Libro.
		Los tomadores del dos.......	1	Sres. Fuentes, Alcon y Fernandez.........	L. y M.
		Maese Tallarines............	1	Isidoro Hernandez...	Música
8	7 c.	Mesa revuelta..............	1	Sres. M. Pina y Aceves.	L. y M.
		Una aventura en Siam........	1	Burgos y Hernandez.	L. y M.
		Una conspiracion............	1	D. Manuel Fernandez...	Música
4	4	Compuesto y sin novia........	3	M. Pina Dominguez..	L. y M.
		Entre el Alcalde y el Rey.....	3	Emilio Arrieta..... ..	Música
6	3	La Marsellesa..............	3	M. Ramos Carrion....	Libro.
		Las nueve de la noche........	3	J. Casares. (*Mitad.*)..	Música

NOTA. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto *Cazar en su mismo soto, Deuda de sangre, El duende de palacio, El festin de Baltasar, El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal*; la de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas;* las zarzuelas *Arriba y abajo, El inválido, Fuego en guerrillas, Los dos caminos, Los pájaros del amor, Paz conyugal*, en un acto; *Dos Leones* y *María*, en dos actos; y han entrado á formar parte de ella, todas las obras del catálogo de D. JOSÉ MARÍA MOLES.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro; sin cuyo requisito no serán servidos